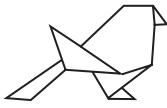


H



Una publicación de editorial y distribuidora
Hueders | Prohibida su venta | **Ejemplar gratuito**
Año 1 - Número 3 | Marzo de 2009

Ana Blandiana
Charles Bukowski
Dino Buzzati
ELIAS CANETTI
Witold Gombrowicz

William Gaddis
WOLF LEPENIES
Marcelo Mellado
Stendhal
MAX STIRNER

Libros y lecturas



✠ Ágape se paga

William Gaddis

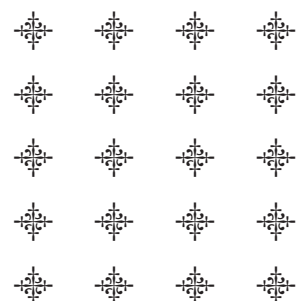
WILLIAM GADDIS (1922-1998), AUNQUE ES CONSIDERADO UNO DE LOS GRANDES AUTORES NORTEAMERICANOS DEL SIGLO XX, ES POCO CONOCIDO EN ESPAÑOL, E INCLUSO EN INGLÉS. CREÍA QUE LOS ESCRITORES DEBÍAN SER LEÍDOS Y NO VISTOS, POR ESO CULTIVÓ LA RECLUSIÓN Y CIERTO HALO DE MISTERIO; HASTA SE LLEGÓ A DECIR QUE ÉL Y THOMAS PYNCHON ERAN LA MISMA PERSONA. ESTE ES UN ADELANTO DE SU QUINTA, FINAL Y PÓSTUMA NOVELA, *Ágape se paga*, RECIÉN EDITADA POR SEXTO PISO, CON PRÓLOGO DE RODRIGO FRESÁN. UN HOMBRE MORIBUNDO, CON METÁSTASIS AL HUESO, HABLA SOBRE EL DERRUMBE TOTAL, “LA ENTROPÍA QUE TODO LO ANEGA”, LA PÉRDIDA DE TODO ARTE POR LA MECANIZACIÓN, DESDE LA PIANOLA AL COMPUTADOR. ASÍ ARRANCA UNA FERROZ MIRADA AL SER EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA, A SU SUMISIÓN BAJO VANOS ANHELOS DE PLACER, FORTUNA, COMODIDAD Y RECONOCIMIENTO.

No, pero... vamos a ver: todo esto tengo que explicarlo, porque no sé, no sabemos cuánto tiempo queda, y tengo que ponerme a trabajar en el, terminar esta dichosa obra mientras por qué me habré traído todo este montonazo de libros notas papeles apuntes recortes y a saber cuántas cosas más, a ver si lo pongo en orden y me organizo cuando divida estas propiedades y proceda al reparto y me quite de encima todo el follón y me libre de las preocupaciones concomitantes y sincomitantes mientras aquí me tienen retenido para abrirme en canal y rebañarme los dentros y coserme o graparme o lo que sea, maldita sea, mira qué pierna tengo, que ni es pierna ni es nada, recosida y grapada como esa antigua armadura japonesa que hay en el comedor, que es como si me hubieran desmantelado desguazado despiezado, casas, edificios adyacentes, establos, invernaderos y esto con todas las dichas decisiones y distracciones que he tenido

con los títulos de propiedad recalificaciones catastros y demás vainas, todo esto tiene que estar en este montonazo en alguna parte a ver si lo pongo en orden y zanjo toda esta historia antes que todo se derrumbe y lo engullan todo los abogados y el fisco como todo lo demás, que a fin de cuentas de eso se trata, de eso trata mi obra, del derrumbe de todo absolutamente, del sentido, del lenguaje, de los valores, del arte, del desorden y de la dislocación que se ve por todas partes por donde mires y aunque no quieras mirar, la entropía que todo lo anega todo a la vista lo cubre, diversión y tecnología y cada crío de cuatro años con su ordenador, cada cual es el artista de sí mismo y de dónde ha salido todo esto, el sistema binario y el ordenador o computadora que se decía, de dónde ha salido la tecnología, eso lo primero, ¿o es que no te das cuenta? Ni siquiera acierto a ver por dónde empezar, y bien se ve que aquí hay que meter-

#3

marzo
2009



Secciones

[LOS DIEZ LIBROS]

Mario Bellatín

[ENSAYO]

Emiliano Monge
sobre Mijail Bulgakov

[POESÍA]

Silvia Veloso

[RESEÑAS]

Tal Pinto
sobre William Beckford

José Ignacio Silva
sobre John McCourt

Marcela Fuentealba
sobre Pier Paolo Pasolini

[ILUSTRADO]

Dino Buzzati

‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡

H | HUEDERS
(Libros y lecturas)

EDITORIA

Marcela Fuentealba

CONSEJO EDITORIAL

Rafael López
Dorotea López
Emiliano Monge
Eduardo Rabasa

ARTE Y DISEÑO

Inés Picchetti

VENTAS

Ximena Ormazábal

H| HUEDERS es una publicación bimestral editada en conjunto con SP Distribuciones, Editorial Sexto Piso, Ciudad de México. Rosal 349 depto. B, Santiago, Chile. hueders@gmail.com hueders.wordpress.com Impreso en Gráfica Andes Ltda.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema, sin la autorización expresa de Hueders.

Agradecemos a Mercedes Canales, Jorge Fuentealba, Ángela López, Carmen Giral, Guillermo Weschler.

se hasta donde haga falta antes que toda mi obra sea objeto de un malentendido y se tergiversar y se convierta en un tebeo porque es un tebeo, toda la chusma estupefacta que ahí fuera espera que se le dé entretenimiento, convertir al artista creativo en un mono de feria, en un famoso como Byron, el hombre en lugar de su obra cuando entró en juego la probabilidad con sus leyes y trastocó todo el mundo inviolable y previsible y newtoniano y lo convirtió en un caos, en el desorden que te sale al paso por donde quiera que vayas y aunque no vayas, discontinuidad disparidad diferencia discordia contradicción, eso que llaman aporía y que han tomado de los griegos, los académicos rapiñaron la palabra del acervo de los griegos para englobar este marasmo de ambigüedades, paradojas, perversidades, opacidades, oscuridades, anarquía, el reloj sin relojero y la comedia desesperada de Kierkegaard con su Caballero de la Fe, y hasta el invite famoso de Pascal en un mundo en el que «todos estamos tan rematadamente locos que no estar loco es tan sólo otra forma de locura», que es donde hoy para el artista, el artista de verdad verdadera de que ya nos avisó Platón, la amenaza de la sociedad y lo... léase a Huizinga sobre Platón y la música y el artista entendido como peligro y el peligro del arte y la música de este cuño o del otro, el estilo frigio para amansar y el tenor y el bajo del estilo lidio para entristecerse y las melódicas armonías del buen beber, lo lidio y lo jónico, donde el arte el, el artista que no respira bien ahí, ni yo respiro bien aquí, al salir de la anestesia en la sala de recuperación quise levantar la pierna y de golpe saltó por sí sola como un, como dolor que dolor evita, que a fin de cuentas de eso se trata, ¿sí o no? ¿Buscar el placer y rehuir el dolor, más allá del principio del placer? Mi dorado Sigi, lo llamaba su mamá, si Emerson está en lo cier-

(...) EN ESO CONSISTÍA NORTEAMÉRICA, EN ESO CONSISTÍA LA MECANIZACIÓN, EN ESO CONSISTÍA LA DEMOCRACIA Y LA DEIFICACIÓN DE LA DEMOCRACIA HACE UN SIGLO CON TODA ESTA TECNOLOGÍA AL SERVICIO DEL ENTRETENIMIENTO DE ESA BASURA ESTUPEFACTA EN BUSCA DEL PLACER QUE DIRÍA SIGI, DALE QUE TE PEGO AL PIANO Y TOCÁNDOLO CON LOS PIES, QUE DE AHÍ ES DE DONDE VIENE TODO, ¿SÍ O NO?

to y somos, ¿somos lo que de nosotros hacen nuestras madres? «El placer y el dolor, sostengo, son las primeras percepciones de los niños», las primeras formas de vicio y virtud están tomadas de ellos, no, mi dorado Sigi, no, que lo levantó del Libro II de las Leyes de Platón, donde habla de sus propios criterios éticos. «Suscribo un elevado ideal —le dice al reverendo Oskar Pfister—, del que la mayoría de los seres humanos que he tratado se aleja de un modo sumamente penoso». Y entonces como si quisiera dejar bien claro qué poca cosa ha encontrado, qué poca bondad en esos seres humanos, dice a Oskar Pfister que «en mi experiencia casi la totalidad de los seres humanos son escoria», probablemente perdió de vista sus intenciones si es que alguna intención llegó a tener alguna vez, quitando el placer, y en la misma línea está Bentham cuando dice que «jugar a las cha-

pas vale tanto como la poesía si la cantidad de placer que proporciona es la misma», ¿ves ahí la palabra cantidad? La cantidad de placer es lo que cuenta, no la calidad, y va y llegan esas máquinas digitales, la máquina del todo o nada que la llamó Norbert Wiener, la máquina que cuenta e introduce el sistema binario y el ordenador, según nos dice Wiener, un brillante ingeniero norteamericano al que se le fundieron los plomos y se compró una pianola de las caras. Llámese «pushpin», o Chopin, como el juego de las chapas, llámese Pushkin, le importa un comino la música, pero le fascina el complicado mecanismo que la produce, y es que en eso consistía Norteamérica, en eso consistía la mecanización, en eso consistía la democracia y la deificación de la democracia hace un siglo con toda esta tecnología al servicio del entretenimiento de esa basura estupefacta en busca del placer que diría Sigi, dale que te pego al piano y tocándolo con los pies, que de ahí es de donde viene todo, ¿sí o no? Ese rollo de papel que es un todo o nada con sus agujeros troquelados, 40.000 pianolas construidas en 1909, casi 200.000 diez años después, eso es lo que pretendo explicar a la par que divido las propiedades en tres, una para cada hija, y dejo atado y bien atado el asunto antes de que los abogados y el fisco lo engullan todo en la dislocación y el desorden que se pretende organizar, es la única manera que hay de defenderse de la oleada de entropía que se extiende por todas partes desde el año en que se inventó la pianola, salida de quién sabe qué campo de batalla de la Guerra de Secesión como si fuera Cristo en persona, así lo dijo su inventor, norteamericano, aunque sus conciudadanos no lo recibieran desde que Willard Gibbs nos mostrase que la tendencia natural de la entropía la lleva a aumentar, la tendencia de la naturaleza consiste en degradar lo organizado y en

destruir lo que tiene sentido cuando uno da un buen tirón a la esquina de la alfombra encima de la cual está el universo compacto y organizado al milímetro según Newton, con sus trabajos sobre física estadística de 1876, sentó las bases de este universo contingente en el que el orden es muy poco probable y el caos tiene la probabilidad más elevada y el azar mismo convenció a Wiener, no fue Einstein, ni fue Planck, ni fue Heisenberg, sino que fue Willard Gibbs quien introdujo la primera gran revolución de la física en el siglo xx, claro que no es eso de lo que estoy hablando, no señor, no es eso no es lo que me propongo explicar, qué va. No, ¿dónde se ha...? En una carpeta en algún montón, en donde la teoría del un momento, un momento, santo Dios, si es que todo el montonazo se desparrama por todas partes, esto no va a haber quien lo vuelva a armar, voy, voy aviado,

ando sin pulmones y lo que haya más abajo es asunto que a nadie incumbe, metástasis en el hueso, no me queda ni un solo día que perder, a ver si de una vez zanja esto de las propiedades y a cada una de las tres le corresponde lo suyo, incluidos todos los quebraderos de cabeza que todo esto comporta, y luego me quedo con cada una de ellas una temporada por turno riguroso, cuatro meses con cada hija, y trabajo en este proyecto, tengo que hacerme con un contrato en condiciones y un anticipo, a ver si así lo puedo terminar antes que, antes del, a ver si me explico, seguro que me explico, antes de que todo esto de lo que trata, antes que se convierta en aquello de lo que trata. En dónde estará, qué ciénaga de ambigüedades, paradojas, anarquía y ahora aporía la llaman su libro tiene que estar aquí en alguna parte, seguramente en el fondo de todo el montonazo, era un juego al que jugaban los griegos, un juego en el que no era posible ganar, no ganaba nadie, un juego de mesa, o de salón, en el que se proponían preguntas para las que no existía una respuesta clara, el único juego que vale la pena porque resulta que eso es Norteamérica a ver espera, a ver esa tarjetita que cae ahí, ¿eso es! ¿Lo ves? Todo el montonazo de papeles en que tengo organizada mi investigación aquí mismo, eso es exactamente lo que estaba buscando, de eso es justamente de lo que hablo, 1927, a ver si pongo en orden la dichosa cronología de 1876 a 1929, año en que el mundo de la pianola y todo lo demás se desplomó del todo, primera demostración pública de la televisión la imagen del dólar el signo del dólar proyectado durante sesenta segundos gracias a Philo T. Farnsworth en 1929, ¿no ves cómo lo tengo todo organizado aquí, que no me cuesta nada poner el dedo en la llaga? Los acontecimientos venideros entonces y vaya si vinieron proyectan sus sombras y todo lo demás

(...) TERMINA DONDE EMPEZÓ TERMINA Y EMPIEZA CON JUGUETES, JUGUETES, JUGUETES, CADA CRÍO DE CUATRO AÑOS CON SU ORDENADOR. SE APIERTA UN BOTÓN SE ENCIENDE UNA LUZ DE DISTINTOS COLORES SE SUPONE QUE ALGO APRENDE PERO QUÉ, DIGO YO, ¿QUÉ SACA EN CLARO, QUÉ APRENDE? ¿ORTOGRAFÍA?

‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡
‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡ ‡

toda la pesca sobre la bazofia estupefacta de Sigi ahí boquiabierto ante el signo del dólar en el televisor y eso es lo que hoy en día se ve y no se ve nada más, ¿estamos? A la espera de que nos entretengan porque es ahí donde empezó todo y es ahí donde todo termina, evitar el dolor y buscar el placer tocar el piano con los pies jugar a las cartas jugar al billar jugar a las chapas aquí está, ya lo tengo, aquí está Huizinga y lo que dice sobre la música y el juego y cita a Platón, sí, aquí está. «Aquello que no tiene ni utilidad ni verdad ni semejanza ni es todavía en sus efectos perjudicial puede mejor juzgarse de acuerdo con el criterio del encanto que encierre, y en función del placer que proporcione. Tal placer, que no entraña un bien apreciable, ni tampoco un mal perceptible, es el juego», sigue hablando luego de los niños chicos y de los animales que no pueden estarse quietos, que se mueven sin parar y juegan saltan lanzan arman un follón termina donde empezó termina y empieza con juguetes, juguetes, juguetes, cada crío de cuatro años con su ordenador. Se aprieta un botón se enciende una luz de distintos colores se supone que algo aprende pero qué, digo yo, ¿qué saca en claro, qué aprende? ¿Ortografía? 🐉



~ARTISTA INVITADO~
Mikko Rantanen

Nació en Finlandia en 1978, estudió arte en Central Saint Martins, en Londres, donde trabajó durante varios años, y actualmente vive en Berlín. Ha trabajado como ilustrador para diferentes medios y publicaciones: *Paramount Comedy Channel, Orange, Arkitip, IBM, The Guardian, The Face, Graniph, Tokion*. Su obra ha sido destacada por las revistas *Creative Review* e *IdN*, y se ha incluido en las exposiciones *Illustrative 07*, Berlín y París, y *Spin: The Art of Record Design*, Londres, 2008.

Agradecemos la gentileza del artista. Más información en www.mikkorantanen.com



⚡️ Contra los poetas

Witold Gombrowicz

JUSTO ANTES DE QUE EMPEZARA LA GUERRA, EN 1939 EL POLACO GOMBROWICZ VIAJÓ A BUENOS AIRES COMO ESCRITOR INVITADO Y SE QUEDÓ HASTA FINES DE LOS 50, CUANDO SE HIZO FAMOSO CON LA NOVELA *Transatlántico* Y VOLVIÓ A EUROPA. EN ESOS AÑOS MARCÓ LAS LETRAS ARGENTINAS. LO DISTINGUIÓ EL ESTILO INTEMPESTIVO E INCLEMENTE DE SUS CRÍTICAS, COMO SE VE EN ESTE EXTRACTO DE UNA CONFERENCIA QUE DICTÓ EN 1947. SE CUENTA QUE AL TERMINAR DE HABLAR, EN LA SALA ABARROTADA DE POETAS Y ASPIRANTES, UNO DE ELLOS SE LEVANTÓ PARA DECLAMAR AIRADAMENTE SUS VERSOS. EL AUTOR ESPERÓ A QUE CONCLUYERA Y ANTES DE RETIRARSE AGREGÓ: “GRACIAS POR ILUSTRAR ESTA CONFERENCIA”.



Por más que se diga que el arte es una especie de clave, que el arte de la poesía consiste precisamente en lograr una infinidad de matices con pocos elementos, tales y parecidos argumentos no ocultarán el primordial fenómeno de que con la máquina del verbo poético ha ocurrido lo mismo que con todas las demás máquinas, pues en vez de servir a su dueño se ha convertido en un fin en sí; y, francamente, una reacción contra ese estado de cosas parece aún más justificada aquí que en otros campos porque aquí estamos en el terreno del humanismo par excellence. Existen dos formas de humanismo básicas y diametralmente opuestas: una que podríamos llamar «religiosa» que coloca al hombre de rodillas ante la obra cultural de la humanidad y otra, «laica», que trata de recuperar la soberanía del hombre frente a sus dioses y sus musas. El abuso de cualquiera de estas formas tiene que provocar una reacción y es cierto que una reacción así contra la poesía sería hoy totalmente justificada porque, de vez en cuando, hay que parar por un momento la producción cultural para ver si lo que producimos tiene todavía alguna vinculación con nosotros. Posiblemente los que han tenido la oportunidad de leer algún texto artístico mío se sentirán extrañados por lo que digo, ya que soy en apariencia un autor típicamente moderno, difícil, complicado y aun a veces –quien sabe– aburrido. Pero, téngase en cuenta que yo no aconsejo a nadie prescindir de la perfección ya alcanzada, sino que considero que esta perfección, este aristocrático hermetismo del arte deben ser compensados de algún modo y que, por ejemplo, cuanto más el artista es refinado, tanto más debe tomar en cuenta a los hombres menos refinados y cuanto más es idealista tanto más debe ser realista. Este equilibrio a base de compensaciones y antinomias es el fundamento de todo buen estilo; mas, en los poemas no lo encontraremos, y tampoco se puede notar en la prosa moderna influenciada por el espíritu de la poesía. Libros como *La muerte de Virgilio*, de Herman Broch, o aun el celebrado *Ulises* de Joyce resultan imposibles de leer por ser demasiado «artísticos». Todo allí es perfecto, profundo, grandioso, elevado y, al mismo tiempo, nada nos interesa porque sus autores no lo han escrito para nosotros sino para el Dios del Arte.

Pero la poesía pura además de constituir un estilo hermético y unilateral, constituye también un mundo hermético. Y sus debilidades aparecen con más crudeza aún, cuando se contempla el mundo de los poetas en su aspecto social. Los poetas escriben para los poetas. Los poetas son los que rinden homenaje a su propio trabajo y todo este mundo se parece mucho a cualquier otro de los tantos y tantos mundos especializados y herméticos que dividen la sociedad contemporánea. Los ajedrecistas consideran el ajedrez como la cumbre de la creación humana, tienen sus jerarquías, hablan de

Capablanca como los poetas hablan de Mallarmé y, mutuamente, se rinden todos los honores. Pero el ajedrez es un juego mientras que la poesía es algo más serio y lo que resulta simpático en los ajedrecistas, en los poetas es signo de una mezquindad imperdonable. La primera consecuencia del aislamiento social de los poetas es que en el mundo poético todo se hincha, y aun los creadores mediocres llegan a adquirir dimensiones apocalípticas y, por el mismo motivo, los problemas de poca monta cobran una trascendencia que asusta. Hace tiempo hubo entre los poetas una gran polémica sobre la famosa cuestión de las asonancias y parecía que la suerte del universo dependía del hecho de si es posible rimar «espesura» y «susurran». Es lo que sucede cuando el espíritu gremial domina al universal.

La segunda consecuencia es aún más desagradable: el poeta no sabe defenderse de sus enemigos. Y así vemos cómo en el terreno personal y social se pone en evidencia la misma estrechez de estilo que hemos mencionado más arriba. El estilo no es otra cosa sino una actitud espiritual frente al mundo, pero hay varios y el mundo de un zapatero o de un militar tiene poco que ver con el mundo de los versos: como los poetas viven entre ellos y entre ellos forman su estilo, eludiendo todo contacto con ambientes distintos, quedan dolorosamente indefensos frente a los que no comparten sus credos. Lo único que son capaces de hacer, cuando se ven atacados es afirmar que la poesía es un don de los dioses, indignarse contra el profano o lamentarse por la barbarie de nuestros tiempos, lo que, por cierto, resulta bastante gratuito. El poeta se dirige sólo a aquel que ya está compenetrado con la poesía, es decir a uno que ya es poeta, pero esto es como si un cura endilgara su sermón a otro cura. ¡Cuánta más importancia tiene, sin embargo, para nuestra formación el enemigo que el amigo! Sólo frente al enemigo podemos verificar plenamente nuestra razón de ser y sólo él nos procura la clave de nuestros puntos débiles y nos pone el sello de la universalidad. ¿Por qué, entonces, los poetas huyen ante el choque salvador? Ah, porque carecen de medios, de actitud, de estilo para afrontarlo. ¿Y por qué les faltan estos medios? Ah, porque eluden el choque. . .

La más seria dificultad de orden personal y social que debe afrontar el poeta proviene de que él, considerándose superior como sacerdote de la poesía, se dirige a sus oyentes desde más arriba; pero los oyentes no siempre reconocen su derecho a la superioridad y no quieren oírlo desde abajo. Cuanto más aumenta el número de personas que ponen en duda el valor de los poemas y faltan el respeto al culto, tanto más delicada y cercana al ridículo se vuelve la actitud del vate. Mas, por otra parte, crece también el número de los poetas y a todos los excesos de la poesía ya enumerados hay que añadir el exceso de bardos y el exceso de versos.

Estas ultrademocráticas cifras minan desde el interior la aristocrática y orgullosa actitud del mundo de los poetas y nada más comprometedor, en ese sentido, que cuando se los ve a todos reunidos, por ejemplo, en un congreso: una muchedumbre de seres excepcionales. Un artista que en verdad se preocupe por la forma buscaría alguna salida a este callejón, porque sin duda estos problemas en apariencia sólo personales están estrechamente vinculados con el arte y la voz del poeta no suena bien, ni puede ser seria y convincente mientras él mismo quede ridiculizado por tales contrastes.

Un artista creador y vital no vacilaría en cambiar totalmente de actitud y, por ejemplo, él desde abajo se dirigiría a la gente: como el que pide el favor de ser reconocido y aceptado o como el que canta pero al mismo tiempo sabe que aburre. Podría también proclamar públicamente esas antinomias y escribir sus versos sin estar satisfecho de ellos y anhelando ser cambiado y renovado por el choque

que se produce al cantar y al ser escuchado.

Y así, como el poeta, el artista creador y vital se enfrenta al mundo.

⚡️ Secuelas de una larguísima nota de rechazo

Charles Bukowski

CHARLES BUKOWSKI (1920-1994) ESCRIBIÓ SU PRIMER RELATO A LOS 24 AÑOS, PERO TERMINÓ TAN DESILUSIONADO CON EL PROCESO DE PUBLICACIÓN QUE SE ALEJÓ DE LA LITERATURA POR UNA DÉCADA. EN ÉL CUENTA, CON SU CARACTERÍSTICO HUMOR Y DESPARPAJO AUTOBIOGRÁFICO, LAS ANDANZAS DE UN ESCRITOR QUE VE PUNTUALMENTE RECHAZADOS LOS ORIGINALES QUE ENVÍA A REVISTAS Y EDITORIALES. DIVAGACIONES SOBRE LITERATURA, AMOR, SEXO, ALCOHOL Y LA RARA GENTE DE LA ESQUINA COMPONEN EL RELATO DE FINAL INESPERADO, INÉDITO EN CASTELLANO HASTA AHORA, QUE LLEGA ILUSTRADO POR THOMAS B. MÜLLER EN EXCELENTE EDICIÓN DE NÓRDICA. ESTE ES EL COMIENZO.

iba yo dando un paseo y se me vino a la cabeza. Era la más larga que había recibido nunca. Normalmente solo te decían: «Lo sentimos, pero no tiene la suficiente calidad», o «lo sentimos, pero no se ajusta exactamente a nuestra línea editorial».O, lo que sucedía más a menudo, te enviaban el impreso de rechazo estándar.

Sin embargo, esta era la más larga, la más larga que había visto nunca. Se refería al relato que les envié, «Mis aventuras en medio centenar de pensiones». Pasé por debajo de una farola, saqué la notita del bolsillo y volví a leerla.

«*Estimado señor Bukowski: Una vez más, nos encontramos ante un conglomerado compuesto por una parte extremadamente buena y por otra atestada de idolatradas prostitutas, de escenas de vómitos sobrevenidos a la mañana siguiente, de misantropía, de elogio del suicidio, etc., que es algo que una revista no puede publicar de ninguna de las maneras. No obstante, se trata de algo muy parecido a esas odiseas que viven determinado tipo de personas, y creo que en ese sentido ha hecho usted un trabajo auténtico. Probablemente publiquemos algo suyo en alguna ocasión, aunque no sé cuándo exactamente. Eso depende de usted. Se despide atentamente, Whit Burnett*».

¡Vaya! Yo conocía aquella firma, esa «h» alargada que llegaba, retorciéndose, hasta el final de la «W»,y el principio de esa «B» que descendía hasta la mitad de la página.

Me guardé otra vez la nota en el bolsillo y seguí caminando calle abajo. Me sentía bastante bien. Solo llevaba escribiendo dos años, dos cortos años. Hemingway tardó diez y Sherwood Anderson cumplió los cuarenta antes de que le publicaran algo.

Supongo, sin embargo, que debería renunciar a la bebida y a las mujeres de mala reputación. De todos modos, resultaba difícil con-

regenerador con los demás hombres. Pero no es posible exigir tanto a los que dedican toda su energía a la «depuración» de su rima. Los poetas siguen agarrándose febrilmente a una autoridad que no tienen y embriagándose a sí mismos con la ilusión del poder. ¡Qué ilusos! De cada diez poemas uno por lo menos cantará el poder del Verbo y la elevada misión del Poeta lo que, justamente, demuestra que el Verbo y la Misión están en peligro... y los estudios o reseñas sobre poesía nos procuran una rara impresión: porque su inteligencia, sutileza y finura están en contraste con el tono que es a la vez ingenuo y pretencioso. Todavía no han comprendido los poetas que de la poesía no se puede hablar en tono poético y por eso sus revistas están llenas de poetizaciones sobre la poesía muy a menudo horripilantes por su estéril malabarismo verbal. A esos pecados mortales contra el estilo los lleva el temor que sienten ante la realidad y la necesidad de encontrar a toda costa una afirmación de su quebrantado prestigio. ♣️



seguir whisky y el vino me estaba destrozando el estómago. A Millie, sin embargo. . . , renunciar a Millie, eso iba a ser algo más difícil, mucho más difícil.

Pero Millie, Millie; no debemos olvidarnos de las letras. En Rusia tienen a Dostoievski o a Gorki,y ahora América busca a alguien de Europa del Este. América está harta de Browns y de Smiths. Los Browns y los Smiths son buenos escritores, pero hay demasiados y todos escriben de una manera muy similar. América necesita la difusa oscuridad, las reflexiones poco prácticas y los deseos reprimidos de alguien de Europa del Este.

Millie, Millie; tus contornos son sencillamente perfectos, tu cuerpo se desliza terso hasta las caderas y amarte es tan sencillo como ponerse unos guantes cuando el termómetro marca cero grados. Tu habitación, además de alegre, es siempre cálida, y me encantan tus vinilos y tus sándwiches de queso. Millie,¿y tu gata? ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cuando era pequeña? Intenté enseñarle a dar palmas y a rodar hacia los lados, y tú dijiste que un gato no es un perro y que no lo lograría; pero, en fin; lo conseguí, ¿verdad, Millie? La gata ahora ya ha crecido y ha tenido cachorros. Hemos sido amigos durante mucho tiempo. Pero ahora esto se va a tener que acabar, Millie; los gatos, tus contornos y la 6.ª Sinfonía de Tchaikovsky. América necesita a alguien de Europa del Este. . .

Caí en la cuenta de que ya estaba enfrente de mi pensión, pero cuando me disponía a entrar vi luz en mi ventana y miré adentro. Carson y Shipkey estaban sentados a la mesa junto a alguien que yo no conocía. Estaban jugando a las cartas y, en el centro, tenían una jarra de vino enorme. Carson y Shipkey eran pintores, pero no eran capaces de decidir a quién preferían como modelo a seguir, si a Salvador Dalí o a Rockwell Kent; y mientras se decantaban por una opción u otra continuaban trabajando en los astilleros.

A continuación, vi a un hombre muy quieto sentado en el borde de la cama. Tenía bigote y perilla,y me resultaba conocido. Creía recordar su cara. Yo había visto esa cara antes, quizá en un libro,en un periódico o en una película. Comencé a hacer cábalas y, entonces, me acordé.

Cuando conseguí recordarlo, empecé a dudar entre pasar o no. Después de todo, ¿qué iba a decir?¿Cómo me iba a comportar? Con un hombre como ese era difícil. Había que procurar no decir ninguna inconveniencia; había que tener cuidado con todo.

Decidí primero dar una vuelta a la manzana. Había leído en alguna parte que, cuando se está nervioso, eso ayuda. Cuando me disponía a marcharme, oí blasfemar a Shipkey y cómo alguien tiraba un vaso. Eso no me iba a ayudar nada.

Decidí prepararme un discurso con antelación: «En realidad, de palabra no me expreso nada bien. Soy muy retraído y me pongo muy tenso. Lo acumulo todo dentro y después lo plasmo en el papel, negro sobre blanco. Estoy seguro de que le voy a decepcionar, pero yo he sido así siempre».

Pensé que esto sería suficiente y cuando completé la vuelta a la manzana me fui directo a mi habitación.

Pude comprobar que Carson y Shipkey estaban bastante borrachos y sabía que ninguno de ellos me iba a ayudar. El pequeño jugador que les había acompañado también se encontraba en unas condiciones pésimas, pero tenía todo el dinero en su lado de la mesa.

El hombre de la perilla se levantó de la cama.

–¿Qué tal está,señor? –preguntó.

–Bien,¿y usted?

Nos dimos la mano.

–Espero no haberle tenido esperando mucho tiempo –le dije.

–Claro que no.

–En realidad –le dije–, de palabra no me expreso nada bien.

–Excepto cuando está borracho, que entonces vocea. Algunas veces se marcha a la plaza a soltar algún sermón y, si no le escucha nadie, le habla a los pájaros –dijo Shipkey.

El hombre de la perilla sonrió abiertamente. Tenía una risa maravillosa. Evidentemente, era un hombre inteligente.

Los otros dos siguieron jugando a las cartas, pero Shipkey había dado la vuelta a su silla y nos observaba.

–Soy muy retraído y me pongo muy tenso –proseguí– y...

–¿Hipertenso o hipotenso? –inquirió Shipkey a gritos.

Aquello fue terrible, pero el hombre de la perilla volvió a sonreír, con lo cual me sentí mejor.

–Lo acumulo todo dentro y después lo plasmo en el papel, negro sobre blanco, y...

–¿Intenso o extenso? –gritó Shipkey.

–... y estoy seguro de que le voy a decepcionar, pero yo he sido así siempre.

–¡Escuche, señor! –gritó Shipkey balanceándose en la silla hacia atrás y hacia delante–. ¡Escuche! ¡Usted, el de la perilla!

–¿Sí?

–Escuche. Mido metro ochenta y tengo el pelo ondulado, un ojo de cristal y un par de canicas encarnadas.

El hombre se rió.

–¿Entonces, no me cree? ¿No se cree que tengo las canicas encarnadas?

Por alguna razón, cuando estaba bebido, Shipkey siempre quería hacerle creer a la gente que tenía un ojo de cristal. Se señalaba un ojo o el otro y mantenía que era de cristal. Reivindicaba que había sido su padre, el mejor especialista del mundo y a quien, desafortunadamente, un tigre había matado en China, quien había hecho el ojo de cristal para él.

De repente, Carson comenzó a gritar.

–¡Te he visto coger esa carta! ¿Dónde la tenías? ¡Ponla aquí,aquí!

¡Está marcada, marcada! ¡Ya lo decía yo! ¡No me sorprende que hayas estado ganando! ¡Claro! ¡Claro!

Carson se levantó, agarró de la corbata al pequeño tahúr y comenzó a tirar de ella hacia arriba. Del cabreo que tenía, Carson se puso rojo, y como este seguía tirando de la corbata, el pequeño tahúr empezó a ponerse morado.

–¿Qué pasa, eh? ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Qué está pasando? –gritó Shipkey–. Déjame ver,¿eh? ¡Dame a ese idiota!

Carson estaba rojo como un tomate y apenas podía hablar. Hablaba entre dientes con gran esfuerzo, a la vez que sostenía en alto la corbata. El pequeño tahúr empezó a agitar los brazos, como hacen los grandes pulpos cuando los sacan del agua.

–¡Nos ha engañado! –siseó Carson–. ¡Nos ha engañado! ¡Ha sacado una de la manga, cierto como que Dios existe! ¡Nos ha engañado, te lo digo!

Shipkey se puso detrás del pequeño tahúr, le agarró del pelo y comenzó a darle tirones, zarandeándole la cabeza hacia atrás y hacia delante, mientras Carson seguía enganchado a la corbata.

–Nos has engañado,¿eh? ¡Lo has hecho! ¡Habla! ¡Habla! –gritaba Shipkey mientras le tiraba del pelo.

El hombrecillo no soltó prenda. Tan solo dejó caer los brazos y empezó a sudar.

–Le llevaré a algún sitio donde podamos tomar una cerveza y algo de comer –le dije al hombre de la perilla.

–¡Venga, habla! ¡Suéltalo! ¡No puedes engañarnos!

–Bueno, no será necesario –dijo el hombre de la perilla.

–¡Rata! ¡Piojo! ¡Cerdo avaricioso!

–¡Insisto! –dije.

–Ibas a robarle a un hombre con un ojo de cristal,¿verdad? Te voy a enseñar yo,¡cerdo avaricioso!

–Es usted muy amable; además tengo mucha hambre, gracias –dijo el hombre de la perilla.

–¡Habla! ¡Habla cerdo avaricioso! Si no hablas en dos minutos, en solo dos minutos,¡te saco el corazón y hago un picaporte con él!

–¡Vámonos ahora mismo! –dije.

–Está bien –dijo el hombre de la perilla.

A esas horas de la noche TODOS los locales de comida estaban ya cerrados y había un largo paseo al centro. No podía llevarle de nuevo a la habitación, así que tenía que probar con Millie. Ella siempre tenía comida de sobra. Al menos, siempre tenía queso.

Yo estaba en lo cierto. Nos hizo café y sándwiches de queso. La gata me conocía y, de un salto, se me subió a las rodillas.

Puse a la gata en el suelo.

–Mire,señor Burnett –dije–. ¡Da palmas! –le dije a la gata–. ¡Da palmas!

La gata se quedó ahí sentada,sin más.

–Tiene gracia; siempre lo hace –dije–. ¡Da palmas!

Recordé que Shipkey le había dicho al Señor Burnett que yo le hablaba a los pájaros.

–¡Venga hombre! ¡Da palmas!

Empecé a sentirme como un tonto.

–¡Venga! ¡Da palmas!

Me agaché, coloqué la cabeza junto a la de la gata y puse todo mi empeño.

–¡Da palmas!

La gata se quedó ahí sentada, sin más.

Volví a la silla y cogí mi sándwich de queso.

–Los gatos son animales extraños, señor Burnett. Con ellos, nunca se sabe. Millie, ponle al señor Burnett la 6.^a de Tchaikovsky. 🐾

*Secuelas de una larguísima nota de rechazo. Gentileza de Nórdica Libros.

⚔️Estrategias posturales

Marcelo Mellado

ESTE ES UN ADELANTO DE *La batalla de Placilla*, NOVELA QUE PREPARA EL ESCRITOR CHILENO, AUTOR DE OTROS CINCO LIBROS, ENTRE ELLOS *La provincia*, *Informe tapia* y *Ciudadanos de baja intensidad* (LA CALABAZA DEL DIABLO). MELLADO, HABITANTE DEL PUERTO DE SAN ANTONIO Y AGUDO OBSERVADOR DE LOS “CARA DE CHILENO”, COMO LLAMA A LOS HOMBRES DEL PAÍS, INTENTA, A TRAVÉS DE UNA INVESTIGACIÓN ACTUAL EN EL LUGAR DONDE OCURRIÓ LA MÁS SANGRIENTA BATALLA DE LA GUERRA CIVIL DE 1981, OBSERVAR CÓMO OPERA LO MÁS OSCURO Y LO BAJO DE CHILE. ASÍ DEVELA OTRA VEZ LA IMPOSTURA Y EL RASQUERÍO DE LO OFICIAL, LO CULTURAL Y OTRAS MENTIRAS NACIONALES. AQUÍ SE DESPACHA A GUSTO A LOS POETAS PORTEÑOS, USANDO EL LENGUAJE HOMOSEXUAL COMO METÁFORA PATÉTICA DEL ANSIA DE PODER.

Marcelo Mellado

La prieta choricera solía interrumpir los recitales en que él no declamaba, es decir, en los que no estaba contemplado en el programa, subiendo al escenario respectivo para leer subrepticamente y luego salir arrancando con los glúteos muy apretados y mirando para atrás, con la conciencia adolescentaria de haber cometido una falta grave. Amaba las tablas recitativas la muy yegua. Cualquier situación en donde mediara un escenario lo estimulaba a dejar su huella borrosa y chascarrienta en los tablaos líricos aporteñados, cualesquiera sean estos.

Se diría que su espíritu estaba preparado para el bataclanismo poético, constituido por bares y fuentes de soda de variado pelaje, incluidos los pubs –una nueva oferta etílica que ocupaba los espacios de juerga e impostura culturosa de la ciudad patrimonial. Vibraba con eso y también le vibraban encima los otros coristas líricos del Circo Municipal Cultural con sede en el ayuntamiento porteño. A ese grupo de interés cultural, por decir algo, pertenecía Roberto. Era el más joven y también el más diversificado, no sólo era un lírico consumado, también era un artista visual, retratista, dibujante, pintor de caballete, hacedor de marinas, naturalezas muertas y bodegones criollos, al menos así los llamaba él. Es probable que se sintiera a sí mismo como una especie de Rimbaud porteñero, dispuesto a desarrollar cualquier pirlueta o astucia táctica para el logro de algún objetivo.

–Me estoy comiendo a un maraco santiaguino, anticuario, el culiao, al que le estoy vendiendo unos dibujos mulas y el muy saco de huevas me los paga. Es que le doy cada lanzaso– decía Roberto, el *besanuca* más avezado del colectivo lírico, famoso por timar a gringos y engañar a turistas rubicundos, comentaban sus cercanos, que siempre al verlo venir echaban el culo a la pared como medida de protección.

Estaban en el bar *Chúpalo* pasando el rato, antes de intentar volver a sus guaridas y dormir un poco para luego continuar el trabajo sobrevivencial en el que invertían todo el día útil (que no eran más de seis horas), y junto a ellos estaba el *muerde almohadas* y el *sacacaca*. Todos grandes vates recitadores locales.

El *Chúpalo* tenía una característica especial que lo hacía distinto a todos, usaba arena de playa en el piso

para producir la sensación de que efectivamente el cliente se encontraba a orillas del mar o en la playa, incluso habían dispuestas unas sillas de playa y también unas toallas extendidas, junto a unas mesitas pequeñas con sus respectivos toldos, para que el cliente se echara en la arena a disfrutar de un copete, generalmente cerveza y vino bigoteado. La arena lo cubría todo para que la sensación fuera absoluta. Había arena hasta en el mesón. Incluso algunos parroquianos se quejaban porque la arena se les metía en los tragos y le decían “El arenal”. Lo evidente era que en el *Chúpalo* se chupaba de lo lindo y no sólo alcohol. Algo tenía de boite antigua y todo era bastante disipado. Algunos la consideraban una discoteque gay encubierta, otros, un antro de traficantes de todo lo traficable, no sólo droga; también era un centro de poesía vernacular.

Los poetas del Circo Municipal, además del copeteo habitual, trataban de planear un seminario lírico recitativo en la *María Conchuda*, que era la casa-museo de un vate superior que usaba el puerto como locación para su disipada vida, es decir, la casa que usaba como tiradero o nido de carrete y juerga era ahora un museo, pero en realidad tampoco había sido su casa de verdad, era una pieza o cuarto que él le arrendaba a un médico amigo. La casa la fue enchufando la propia municipalidad para que fuera un patrimonio más verosímil, lo que incluía historias de orgías célebres mal escritas por los propios poetas.

Al seminario debía asistir un invitado especial que todavía no se decidía quien sería, para una especie de clase magistral, y que debía ser de la capital, y ojalá de alcurnia cultural para que el evento fuera del mejor filete, como solían decir. El tema no estaba decidido, pero debía ser algo sobre la poesía misma, para no perderse, y sus recursos, no necesariamente se refería a los recursos estilísticos o figurativos, como supuso en un principio el *sacacaca*, que era muy versado en estilística, sino que se refería a los recursos pecuniarios para financiar antologías grupales o tribales, que serían vendidas a los turistas en la zona del plan o en el casco antiguo de la ciudad, que al parecer era como lo mismo, aunque no exactamente igual.

El programa contemplaba, además, temas gremiales, como políticas de concursos, viáticos, viajes, jubilacio-

nes anticipadas, casas de reposo y veraneo, banco de anteojos, convenios médicos, asistencia judicial, atención preferencial en botillerías y farmacias, rebajas en la locomoción pública, etc.

Adjunto al seminario o como parte de él, debía haber un recital poético, el que estaría a cargo de la *prieta choricera*, un poetiso de piel negra (o excesivamente moreno) que recitaba en serio y que solía ser sodomizado por los gringos viejos que bajaban de los cruceros y también por los infantes de marina de la operación Unitas.

En el listado había una larga lista de líricos jóvenes y muchas minas, dicho por ellos en un sentido peyorativo y de toma de distancia. Lo de las mujeres era importante, porque era políticamente correcto contar con ellas, además eran trabajadoras y muy desprendidas. Muchas de ellas, también, tenían buena situación económica, lo que era del todo bienvenido en ese contexto de precariedad.

Esa noche el *Chúpalo* estaba en una particular crisis de olor y pesadez ambiental por la fritanguería que allí funcionaba; el pescado frito que solían servir como oferta menú había espesado más de lo soportable el aire interno, lo que sumado al humo del tabaco y las sudoraciones desatadas de los parroquianos, lo hacían irrespirable.

A pesar del aire tóxico los usuarios más fieles o parroquianos permanecían ahí clavados, como sin percatarse de lo nocivo de las emanaciones. Y sobre todo los líricos porteños que tendían a permanecer noches enteras reunidos, ya sea bebiendo o programando actividades y eventos, o simplemente boludeando –o hueveando dirían los chilenos-, sin reparar en lo que pasaba alrededor. En ese instante los líricos se preparaban para una lectura habitual que tenían los miércoles, la que les serviría, decían y creían, como preámbulo para el seminario y los recitales adjuntos.

En ese mismo contexto, la *prieta choricera* intentaba redactar una especie de proyecto o plan para hacérselo llegar a un funcionario municipal que le conseguiría algo de recursos, lo que podría traducirse en sillas, platos, vajilla, manteles, mesas o algunas botellas de vino que solían sobrar de algunos eventos oficiales y unos quitasoles que quizás se podrían utilizar para el decorado, además de lienzos y afiches, y pendones institucionales, y vasos plásticos reciclados.

Roberto, el *besanuca*, intentaba salir del lugar lo antes posible porque debía juntarse con Juan Carlos Bascuñán en el sector de Reñaca, por eso dejó de asistir a la *prieta choricera* en su labor y salió apurado a la calle, aunque de pretexto dijo que necesitaba darle los últimos toques a unos bocetos, cuestión que ya había hecho. Probablemente irían a tomarse unos tragos a un bar gay de esa zona, antes del recital de aquella noche, que era un apronte del seminario de las próximas semanas, además, que debía cantar un chico universitario que musicalizaba poemas de la generación beat y que se comía el *sacacaca*. Éste último ayuda a la *prieta choricera* en reemplazo del *besanuca*, Roberto, porque la *prieta choricera* es mala para redactar.

Nada hacía presagiar, como rezan las narrativas escritas como Dios manda, los acontecimientos que se verificarían esa noche en que el alcohol y el consumo de psicotrópicos determinarían conductas que ningún escenario, por indigno que parezca, debía o podía soportar.

Esa noche Juan Carlos Bascuñán y Roberto, el *besanuca* (lo nombramos con apodo incluido porque su funcionalidad así lo requiere), llegaron al *Chúpalo* con algunas copas de más. Ellos, efectivamente, se habían encontrado en Reñaca, para comer y departir un rato, cuestión que efectivamente se verificó en la playa de dicho balneario. El estado etílico de ambos determinó un desvío proporcional de la conducta. La actividad llamada lecturas poéticas, por su falta de diseño y calidad escénica –independientemente de las obras leídas- determinó o provocó en Juan Carlos Bascuñán una sensación de malestar que no pudo controlar, precisamente porque el alcohol tiende a inhibir esos mecanismos que permiten la sociabilidad y el protocolo. Además, consideró que habían leído muchas mujeres, en realidad sólo eran dos de seis poetas.

Él supuso que, más que poetas hembras, servían de asistentes a los vates porteños o como excusa y/o para ejercer el bisexualismo que les permitía una ampliación de su trabajo cultural y su sobrevivencia. Así se lo planteó Juan Carlos Bascuñán a Roberto, además, manifestó expansivamente el malestar que le provocaba la situación, caracterizada por la ordinareiz y la picantería a toda prueba, exhibida por los poetas y los parroquianos de ese bar de mala muerte. Dicho así en esos mismos términos.

Algún relato o crónica de la intimidad local da cuenta de que casi todos los poetas de la zona en algún momento habrían sido sorprendidos por sus respectivas mujeres o ex esposas ensartados con amantes ocasionales de voz ronca, lo que determinaría una especie de soberbia de la abyección luego de que los sujetos en cuestión son desenmascarados. De ahí la situación cultural que padece el área, interpretarían algunos.

Quizás un poco celoso y aprehensivo continuó tratando en malos términos a los amigos de Roberto, aludiendo a cosas como el aspecto poco aseado de los poetas, al decorado *último* del lugar, al olor a fritanga, la calidad de la oferta etílica y gastronómica, nada era válida por el ojo escrutador y fiscalizador de Juan Carlos Bascuñán.

La situación se tornó particularmente tensa cuando el propio Roberto empezó a recibir las críticas y agresiones verbales del anticuario y coleccionista de arte.

–Con estos amiguitos –dicen que le decía–, usted no necesita enemigos, mi lindo. Son una sarta de picantes de lo más granado del puerto, por lo que se ve.

El *besanuca* se puso de mala y le respondió cada agresión a Juan Carlos Bascuñán en un estilo verbalmente muy agresivo y maledicente, lo que tensó en extremo el ambiente. Los únicos asistentes que intentaron calmar los ánimos fueron las mujeres y el dueño del local que ya estaba harto de los poetas maracos, tanto que aseveró que prefería a los maracos sin poesía, que dan menos problemas o su problemática es más específica que la de esos ridículos muertos de hambre que pululan por estos lados, dicen que decía. 🐉



Mikko Rantanen

Diez libros

Mario Bellatín

La traición de Rita Hayworth. Manuel Puig

Porque me hizo comprender que absolutamente todo, hasta lo pensado o dicho por la persona más necia, es capaz de convertirse en material literario.

El zorro de arriba el zorro de abajo. José M. Arguedas
Nunca superé el horror de ser cómplice íntimo de un hombre con una profunda crisis existencial que me fue llevando de la mano hasta su propia muerte. Luego no supe qué hacer con su cadáver, ni con el descubrimiento de que el idioma castellano pudiera convertirse en una amalgama casi imposible.

Pedro Páramo. Juan Rulfo

Cuando pensaba que las cosas de este mundo tenían cada una su lugar, *Pedro Páramo* me enseñó la verdad de que todos los tiempos y espacios conviven en un mismo instante ¿sagrado?

La casa inundada. Felisberto Hernández

Los cuentos de Felisberto Hernández son una demostración que para hacer buena literatura no hace falta nada. Ni siquiera un ápice de realidad.

Instituto Benjamenta. Robert Walser

En este libro advertimos que lo único trascendente en cualquier obra es el sistema que la sustenta. El *Instituto Benjamenta* es un modelo impecable de estructura narrativa.

Vidas minúsculas. Pierre Michon

En *Vidas minúsculas* dudamos incluso de la existencia de un autor que busca sus temas y sus libros. Pareciera darse un mecanismo al revés, donde los personajes existen sólo por decreto propio.

Mario y el mago. Thomas Mann

Muchas veces los grandes autores dicen en sus pequeñas obras las verdades trascendentes. Todo el horror nazi desatado años después está descrito en estas breves páginas hasta en sus mínimos detalles.

Crimen y castigo. Fedor Dostoiévski

Pensar que Dostoiévski pretendía con este libro denunciar la situación de los alcohólicos en la Rusia del siglo XIX. Recuerdo que cuando lo leí advertí que vivía, ciento cincuenta años más tarde, en una realidad similar. Constatarlo quizá fue lo que me llevó a escribir el primer texto mío publicado en un diario. San Petersburgo en Lima.

Mario Bellatín nació en México (1960) y estudió en Cuba. Es uno de los escritores actuales más celebrados de Latinoamérica y está traducido a varias lenguas. Algunos de sus libros –editados en México, Lima, Santiago, Buenos Aires, Madrid, Barcelona– son *Salón de belleza*, *Damas chinas*, *El jardín de la señora Murakami*, *Shiki Nagaoka: una nariz de ficción*, *Flores*, *La escuela del dolor humano de Sechuán*, *Jacobo el mutante*, *Perros héroes*, *Lecciones para una liebre muerta* y *El gran vidrio*.



Mikko Rantanen

El proceso. Franz Kafka

Podría haber escogido *El proceso* o *La metamorfosis*; ambas forman parte para mí de un todo. Aunque quizá la última frase de *El proceso*, “... y allí quedó, muerto como un perro”, resume buena parte de mi vida.

El pabellón número 6. Anton Chéjov

No saber quién es el paciente y quién el enfermo. Quién el escritor y quién lo escrito. Quién lo vivo y quién lo muerto. Nuevamente, al igual que las obras precedentes, en Chéjov descubrimos, a partir de pequeños incidentes, las verdades eternas. 🐉

Yo he basado mi causa sobre nada

Max Stirner

El único y su propiedad APARECIÓ EN 1844 Y DE INMEDIATO FUE CENSURADO Y REQUISADO POR ATENTAR CONTRA TODOS LOS VALORES, RELIGIOSOS Y SOCIALES. LO CONDENARON TANTO LAS AUTORIDADES POLÍTICAS Y ECLESIALES COMO MARX Y ENGELS: DESQUICIA A TODO EL QUE CREA EN ALGO SUPERIOR, SEA DIOS, EL ESTADO, LA SOCIEDAD, EL HOMBRE, EL ESPÍRITU, LA LIBERTAD, CUALQUIER PALABRA CON MAYÚSCULA. ESTE EGOÍSTA RADICAL, MUY LEÍDO POR NIETZSCHE, HOY ES UN CLÁSICO INELUDIBLE, PUES POSTULA CON GENIALIDAD IMPLACABLE QUE SÓLO EL YO ES VÁLIDO, CALLEJÓN QUE A PESAR DE TODO MUY POCOS TOLERAN Y ETIQUETAN DESDEÑOSAMENTE COMO SOLIPSISMO. STIRNER SE LLAMABA EN REALIDAD JOHANN SCHMIDT, FUE UN SOLITARIO PROFESOR DE UN COLEGIO DE NIÑAS EN ALEMANIA Y SÓLO PUBLICÓ ESTE LIBRO.

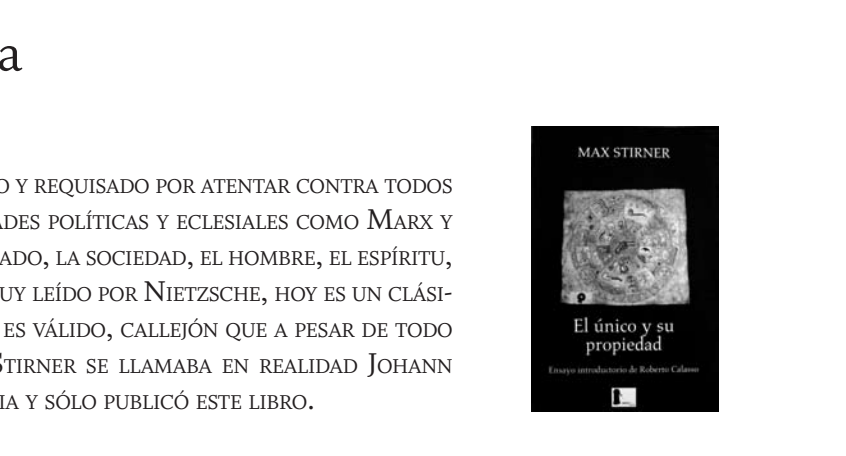
¿Qué causa es la que voy a defender? Ante todo, mi causa es la buena causa, es la causa de Dios, de la verdad, de la libertad, de la humanidad, de la justicia; luego, la de mi príncipe, la de mi pueblo, la de mi patria; más tarde será la del espíritu, y después otras mil... ¡Pero la causa que yo defendiendo no es mi causa! “¡Abomino del egoísta que no piensa más que en sí!”

¿Pero esos cuyos intereses son sagrados, esos por quienes debemos decidirnos y entusiasrnarnos, cómo entienden su causa? Veámoslo.

Vosotros que sabéis de Dios tantas y tan profundas cosas; vosotros que durante siglos habéis “explorado las profundidades de la divinidad” y habéis penetrado con vuestras miradas hasta el fondo de su corazón, ¿podéis decirme cómo entiende Dios la “causa divina” que estamos llamados a servir? No nos ocultéis los designios del Señor. ¿Qué quiere? ¿Qué persigue? ¿Ha abrazado, como a nosotros se nos prescribe, una causa ajena y se ha hecho el campeón de la verdad y del amor? Este absurdo subleva; enseñáis que siendo Dios mismo todo amor y todo verdad, la causa de la verdad y la del amor se confunden con la suya y le son consubstanciales. Os repugna admitir que Dios pueda, como nosotros, hacer suya la causa de otro. ¿Pero abrazaría Dios la causa de la verdad, si no fuese él mismo la verdad? Dios no se ocupa más que de su causa, sólo él es todo en todo, de suerte que todo es su causa. Pero nosotros no somos todo en todo, y nuestra causa es bien mezquina, bien despreciable; así, debemos “servir una causa superior”. Más claro: Dios no se inquieta más que de lo suyo, Dios no se ocupa más que de sí mismo, no piensa más que en sí mismo y no pone sus miras fuera de sí mismo: ¡ay de lo que contraría sus designios! No sirve a nada superior y no trata nada más que de satisfacerse. La causa que defiende es puramente ¡egoísta! Dios es un ególatra.

¿Y la humanidad, cuyos intereses debemos también defender como nuestros, qué causa defiende? ¿La de otro? ¿Una superior? No. La humanidad no se ve más que a sí misma, la humanidad no tiene otro objeto que la humanidad; su causa es ella misma. Con tal que ella se desenvuelva, poco le importa que los individuos y los pueblos sucumban; saca de ellos lo que puede sacar, y cuando han cumplido la tarea que de ellos reclamaba, los echa al cesto de papeles inservibles de la Historia. ¿La causa que defiende la humanidad no es puramente egoísta? Inútil es proseguir y demostrar cómo cada una de esas cosas, Dios, Humanidad, etc., tratan tan solo de su bien y no del nuestro. Pasad revista a las demás, y decid si la verdad, la libertad, la justicia, etc., se preocupan de vosotros más que para reclamar vuestro entusiasmo y vuestros servicios. Que seáis servidores celosos, que les rindáis homenaje, es todo lo que os piden.

El único y su propiedad, traducción de Pedro González, prólogo de Roberto Calasso. Gentileza de editorial Sexto Piso.



Mirad a un pueblo redimido por nobles patriotas; los patriotas caen en la batalla o revientan de hambre y de miseria; ¿qué dice el pueblo? ¡Abonado con sus cadáveres, se hace “floreciente”! Mueren los individuos “por la gran causa del Pueblo”, que se conforma con dedicarles alguna que otra lamentable frase de reconocimiento y que guarda para sí todo el provecho. Eso me parece un egoísmo demasiado lucrativo.

Pues contempla ahora a ese sultán que cuida tan tiernamente a “los suyos”. ¿No es la imagen de la más pura abnegación, y no es su vida un perpetuo sacrificio? ¡Sí, por “los suyos”! ¿Quieres hacer un ensayo? Muestra que no eres “el suyo”, sino “el tuyo”; rehúsate a su egoísmo y serás perseguido, encarcelado, atormentado. El sultán no ha basado su causa sobre nada más que sobre sí mismo; es todo en todos, es el único, y no permite a nadie que no sea uno de “los suyos”.

¿No os sugieren nada estos dos ejemplos? ¿No os invitan a pensar que el egoísta tiene razón? Yo, al menos, aprendo de ellos, y en vez de continuar sirviendo con desinterés a esos grandes egoístas, seré yo mismo el egoísta.

Dios y la humanidad no han basado su causa sobre nada, sobre nada más que sobre ellos mismos. Yo basaré, pues, mi causa sobre mí; soy, como Dios, la negación de todo lo demás, soy para mí todo, soy el único.

Si Dios y la humanidad son poderosos con lo que contienen, hasta el punto que para ellos mismos todo está en todo, yo advierto que me falta a mí mucho menos todavía, y que no tengo que quejarme de mi “vanidad”. Yo no soy nada, en el sentido de que “todo es vanidad”; pero soy la nada creadora, la nada de la que saco todo.

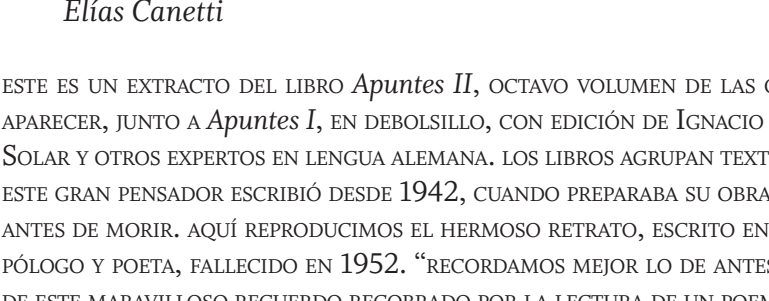
¡Mal haya, pues, toda causa que no entera y exclusivamente la mía! Mi causa, pensaréis, debería ser al menos la “buena causa”. ¿Qué es lo bueno, qué es lo malo? Yo mismo soy mi causa, y no soy ni bueno ni malo; ésas no son, para mí, más que palabras.

Lo divino mira a Dios, lo humano mira al hombre. Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero, ni lo bueno, ni lo justo, ni lo libre, es lo mío; no es general, sino única, como yo soy único.

Nada está, para mí, por encima de mí. 🐦

LO DIVINO MIRA A DIOS, LO HUMANO MIRA AL HOMBRE. MI CAUSA NO ES DIVINA NI HUMANA, NO ES NI LO VERDADERO, NI LO BUENO, NI LO JUSTO, NI LO LIBRE, ES LO MÍO; NO ES GENERAL, SINO ÚNICA, COMO YO SOY ÚNICO. NADA ESTÁ, PARA MÍ, POR ENCIMA DE MÍ.

Franz Steiner



Franz Steiner, amigo de Stirner, retrato de 1922.

Hay tanto que decir sobre él. ¿Por dónde empezar? Su vida estuvo determinada por su apariencia, de la cual carecía. Era pequeño y tan delgado que uno casi ni reparaba en él. Particularmente fea era su cara: una frente chata y huidiza, un par de ojos impotentes, presa todo el tiempo de un movimiento involuntario. Un lenguaje lloroso, aunque no hubiese nada que lamentar. Imposible imaginar un ser humano menos atractivo que él.

Pero uno se ponía a hablar con él, y a su manera lenta y al parecer desapasionada, siempre tenía algo que decir. Era siempre algo claro, concreto y libre de toda retórica, integrado por su contenido, jamás por su formulación, cualquiera que ésta fuese. Cuando uno se acostumbraba al tono ligeramente quejumbroso y prescindía de él (digo prescindía porque era imposible no *oírlo*), sentía como segunda recurrencia, y no menos constante, una pregunta, aunque tan mesurada que no pretendía asegurarse en absoluto una respuesta. Había que conocer un poco el espíritu de ese hombre para saber que sólo le importaban las respuestas desmesuradas. Y éstas son tan raras que una persona sensata no las espera.

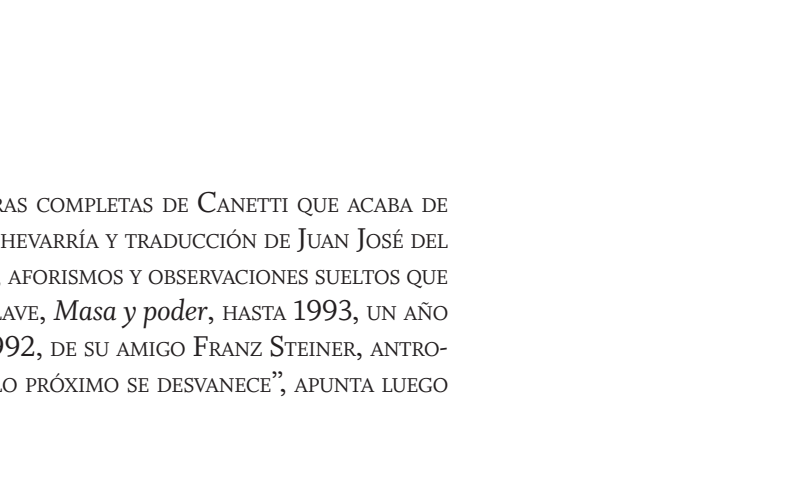
Impunemente puede uno preguntar por las leyes. Su tenor es algo ya fijo, y al final algunos no tienen más remedio que preguntar por el tenor exacto de las leyes. Este era, son seguridad, el camino de Franz Steiner. Cada vez se decidía más por la fidelidad a las leyes de su fe.

Pero jamás hizo el intento de ganarme para ellas. Jamás se atrevió a violar esa compulsión a la libertad que para mí era determinante. Estaba agradecido de que, pese a su creciente limitación a una fe históricamente determinada, yo lo tomara en sus conversaciones tan en serio como si él fuera libre, tan libre como debía sentirme yo mismo.

Fue y siguió siendo siempre libre de una manera que él jamás habría reconocido en los últimos años de nuestra amistad. Era libre en los mitos. Es la única persona que he conocido con la cual podía hablar sobre mitos. No solamente conocía muchos y podía sorprenderme con algunos tanto como yo a él: los dejaba intactos, no los interpretaba, no hacía ningún intento por clasificarlos según principios científicos, los dejaba en paz. Nunca fueron para él un simple medio. También le parecía lo más precioso y elevado que la humanidad había conquistado para sí. Podíamos hablar días enteros sobre mitos, uno de los dos descubría nuevos y se los presentaba al otro, y siempre habían sido lo esencial en la vida de algún grupo humano determinado, siempre habían contado y ejercido una influencia decisiva. Ninguno de los dos, ni él ni yo, se habría atrevido a inventar algo en esas conversaciones.

Se trataba de mitos que habían sido transmitidos con precisión y a partir de los cuales mucha gente había organizado su vida, no de una invención lúdica suya ni mía. La confianza que existía entre ambos

Gentileza de Random House Mondadori, Santiago de Chile.



se basaba en el respeto a los mitos, con los que pasábamos, cada uno por su lado, buena parte de nuestro tiempo. Podría pensarse que esto no es muy extraño que digamos, pasando así por alto el hecho de que casi todos los conocedores de mitos abusan de ellos con algún objetivo concreto, para corroborar determinadas teorías o clasificaciones.

Son raros los que veneran y observan de forma inocente los mitos. Incluso entre escritores sólo he conocido algunos que lo hicieron temporalmente, en general para apoyar una obra en la que estaban trabajando.

Su sensibilidad hacia todo cuanto es digno de ser vivido. Sus conocimientos serenamente brillantes sobre el tema. Era algo inalcanzable para él, *soñaba* con ello. Soñaba con tener una familia, mujer e hijos. Quería a su hermana, a la que perdió tempranamente. Su máxima prueba de confianza consistió en mostrarme la foto de esa hermana. Todas las mujeres que más tarde cortejaría con inefable paciencia se parecían a esa hermana. Por las demás, que hubiera podido conquistar pese a su fealdad, sentía desprecio. Se enfadaba cuando uno se mostraba muy solícito con él, y quizá nunca fue consciente de hasta qué punto algo en su aspecto parecía suplicar ayuda. En su concepción de la familia él era el *hombre*, y se indignó con una mujer que quiso acogerlo como a un hijo. Es preciso decir algo sobre su aspecto exterior para comprender por qué nunca pudo acceder a algo tan cotidiano como una familia.

Murió cuando una mujer se comprometió con él. Era la escritora inglesa Iris Murdoch, que lo conoció en Oxford y estaba intelectualmente sojuzgada por él. Le confió el manuscrito de su primera novela. El llevaba años amenazado por una seria afección cardíaca que lo atacó por última vez cuando estaba leyendo la novela. En la última carta que me escribió se refería a ella: me rogó encarecidamente –algo que en principio jamás habría hecho– que la leyera. Se trataba de *Under the Net* (Bajo la red), y debe considerársele el verdadero descubridor de Iris Murdoch.

Ella se parecía a la hermana de Steiner. En su lecho de muerte, él le pidió que fuera su esposa. Ella aceptó y se consideró comprometida. El estado de su corazón dejaba a Steiner muy poco margen de esperanza. Pero es posible que la alegría que le produjo ese compromiso matrimonial precipitara su muerte. Y él, que siempre fue desdichado, habría muerto en un estado de felicidad.

Steiner amaba mucho la verdad y jamás halagaba a nadie. Veza, que era una lisonjeadora desafortada, debía de resultarle siniestra. Su adoración por la belleza era tan grande que nada de cuanto le dijera a una mujer podía parecerle un halago: siempre lo consideraba cierto.

La *Plegaria en el jardín por el cumpleaños de mi padre* que ayer –después de cuarenta años– volví a leer, me emocionó muchísimo. Fue escrita bajo la impresión de Jorge Manrique, y nunca ha habido in-

flujo tan legítimo. A Steiner le hubiera encantado estar conmigo en España, y en realidad estuvo allí por mí.

Sus cartas de España contienen lo más hermoso que jamás me escribió.

En muchas conversaciones sobre pueblos –entre ellos muchos de los llamados primitivos–, yo ponía el énfasis en los mitos, y él también en la poesía temprana. En sus cartas anotaba a menudo poemas de tribus que estaba estudiando en ese momento, mitos no, me parece, o probablemente menos. Me atribuía una capacidad de “dar por cierto” que me envidiaba, y pronto no tuvo reparos en convertirme en su aliado. Como sólo cortejaba en serio –quería casarse y fundar una familia, era lo que más anhelaba de forma casi incesante– no podía ver nada insensato en el hecho de tener un intercesor que supiera valorarlo, conociera su elevada capacidad intelectual y su fiabilidad, y pudiera decírselo a quienes le interesaban con el fuego del que él mismo carecía.

No sabía más de lo que saben las palabras, y no intentaba hurgar siempre detrás de ellas. Así quedó libre del psicoanálisis. Podía ponderar fría y críticamente cualquier propuesta que viniera de aquel ámbito sin sucumbir a ella. Examinar era realmente lo suyo. Hacer poesía consistía, para él, en examinar las palabras. Nunca leía sin anotar las palabras que le gustaban. El que lo hiciera en muchas lenguas, incluso aquellas a las que se aproximaba desde fuera, como antropólogo, no quitaba nada de su validez a las palabras alemanas con las que escribía sus poemas. Le resultaba imposible desfigurar o malgastar algo valioso, sobre todo una palabra. Hablaba con comedimiento y lentitud, siempre pensaba previamente lo que iba a decir. Al oírlo, uno jamás se acercaba a un origen, aunque sí a un resultado. *Trabajo* era para él una palabra casi solemne. Se equipaba para trabajar, podía pasarse días enteros preparándose para un trabajo. Soñaba con lugares y espacios en los que se pudiera trabajar bien, los sentía como paisajes-de-trabajo, sin decirlo de manera tan torpe ni presumir de la diligencia como virtud.

Me tomaba muy a mal que sólo le respondiera a la tercera o cuarta carta. A mí me costaba mantener una correspondencia regular, las cartas eran para mí estallidos que tenía que aguardar y no me gustaba forzar.

El lo sabía muy bien, como buen observador no se le hubiera podido escapar mucho tiempo, pero como no sólo vivía en cartas, sino que siempre *quería* algo, yo me guardaba bien de responder a cada uno de sus caprichos. Cuando las quejas no ayudaban, amenazaba con romper las relaciones, pero al ver que de nada servía se contentaba siempre con una amenaza.

A lo largo de varios años, incluso durante la guerra, solíamos encontrarnos en la Student Movement House de Gower Street cuando él venía de Oxford a Londres. Era un lugar de encuentro de estudiantes de muy distinta procedencia, de África y la India, pero también de los *dominions* blancos. Ahí se reunían emigrantes de todos los países de Europa, así como árabes, chinos o malayos. Era un club sin prejuicios, el único requisito para ser admitido era estar vinculado a la universidad. En su mayoría se trataba, pues, de jóvenes, aunque también venía gente que ya había concluido hacía tiempo sus estudios. Se podía entablar conversación con cualquiera: uno se presentaba, tomaba asiento, conversaba y volvía a levantarse cuando tenía ganas o se sentía atraído por otras personas. Era la atmósfera más libre y con menos prejuicios que he conocido nunca. Claro que todos seguían siendo lo que siempre habían sido, pero durante las horas que pasaban en el club se despojaban de sus prejuicios sin ningún esfuerzo, y resulta difícil olvidar lo bien que se sentían.

Steiner, que había llegado a Inglaterra unos años antes que yo, me había introducido en ese club. Para él como antropólogo era todo un paraíso, y elegir ese lugar para nuestras conversaciones fue el

regalo más hermoso que pudo hacerme. Cuando sus compromisos se lo permitían, pasábamos juntos ahí tres o cuatro horas, sumidos en una conversación seria y siempre concentrada, interrumpida por encuentros con la gente más variopinta que se nos acercaba o que él quería presentarme. Hay que imaginarse lo que significaba estar hablando del refranero ashanti y que él pudiera presentarme a Kessi, considerado el príncipe de los ashanti. No es que nos dijera mucho sobre aquellos proverbios, pero podíamos imaginarnos en qué labios se encontraban, y aunque no lo hiciera precisamente Kessi, que se reía con cierta altivez, sino otra estudiante de Costa de Oro, los refranes eran recitados para complacernos. Uno podía confiar realmente en las extraordinarias colecciones de los investigadores ingleses.

Uno de los dos, él o yo, sorprendía gustoso al otro con algún libro que llevaba largo tiempo buscando pero aún no conocía. Y aquello acabó convirtiéndose en una competencia de la que ya no podíamos prescindir. Las librerías de los alrededores del Museo Británico eran inagotables, y buscando libros de viejo pasábamos no menos tiempo que enfrascados en nuestras conversaciones. Entre todos esos días de búsqueda hubo uno en que pude mostrarle *Specimens of Bushman Folklore* de Bleek y Lloyd, una de las joyas de la literatura universal sin la que no querría seguir viviendo. Yo acababa de descubrirlo antes de que nos encontrásemos en el club, y él no podía creerlo; se lo di y se puso a hojearlo con manos literalmente temblorosas, felicitándome como se felicita a alguien por algún acontecimiento crucial en su vida. Pero también había momentos de generosidad, en los que uno le regalaba al otro algún libro del que había encontrado un segundo ejemplar además del propio.

Nuestras conversaciones eran una emocionante mezcla de libros de todo el mundo que llevábamos con nosotros, y de gente de todo el mundo que nos rodeaba. Había juristas, futuros políticos, lingüistas, antropólogos, historiadores, filósofos, y, aunque con menos frecuencia, también estudiantes de medicina. Ninguno le imponía al otro su especialidad, pero resultaba tanto más agradable que otro lo interrogara a uno ampliamente sobre ella. Nunca he estado entre gente inteligente que haya dado más muestras de tolerancia. Nadie pasaba inadvertido, y hasta la persona más solitaria y hermética despertaba interés. Quien normalmente temiera a los demás, salía ahí de su reserva gracias a la discreta curiosidad general. Había, claro está, unos cuantos que tenían que darse importancia, pero al haber tantos otros que competían con ellos, no tardaban mucho en sumergirse o desaparecer.

Del propio Steiner hay que decir que nunca estaba de mal humor en aquel sitio. El, que tanto sufría por no tener una familia y no paraba de quejarse de ello, estaba ahí sereno, despierto, atento, tan fascinado o acaparado por los demás que no se sentía más desdichado que otros ni se compadecía. 🐼

✠ El dictador despechado

Emiliano Monge

Mijail Afanássievich Bulgakov, como ha sucedido con un interminable número de escritores en todas las épocas y regiones del mundo, nunca conocería el éxito que alcanzó la obra a la que dedicara gran parte de su vida. El creador de la novela rusa más importante del siglo XX murió enfermo y castigado por un régimen que en su persona demostró que la muerte física lejos está de ser el peor de los castigos. A Bulgakov lo dejaron vivir pero lo condenaron al silencio, sus libros fueron embodegados y sus obras retiradas de los teatros, siempre tras fingir que se le daban los permisos necesarios mientras éstas se ensayaban. El creador de la única metamorfosis tan grande como la de Kafka –aquél perro que se convierte en hombre y como uno de los primeros actos de su nueva condición decide alistarse en el partido comunista–, tuvo la terrible suerte no sólo de escribir contra el régimen soviético y ser odiado por los funcionarios fanáticos del mismo, sino que el destino quiso que el líder supremo se perdiera de amor por él: Stalin admiró a Bulgakov con tanta pasión como después le odiaría.

Todo régimen sabe que el poder totalitario se sustenta sobre la prohibición, la persecución y la construcción de valores comunes entre el grueso de la población. Los primeros atienden a la dominación física, es el imperio de la violencia y la amenaza, los segundos a la hegemonía, el dominio de las conciencias. Una se impone por la fuerza, la otra por la amputación de la razón, entendida, como decía Milton, como la imposibilidad de elegir. El régimen soviético no sólo reprimió hasta el hartazgo sino que impuso un orden vital que de designio pasó a ley y después a costumbre. Muchos fueron los escritores asesinados en sus casas, muchos también los que murieron congelados en Siberia. Era

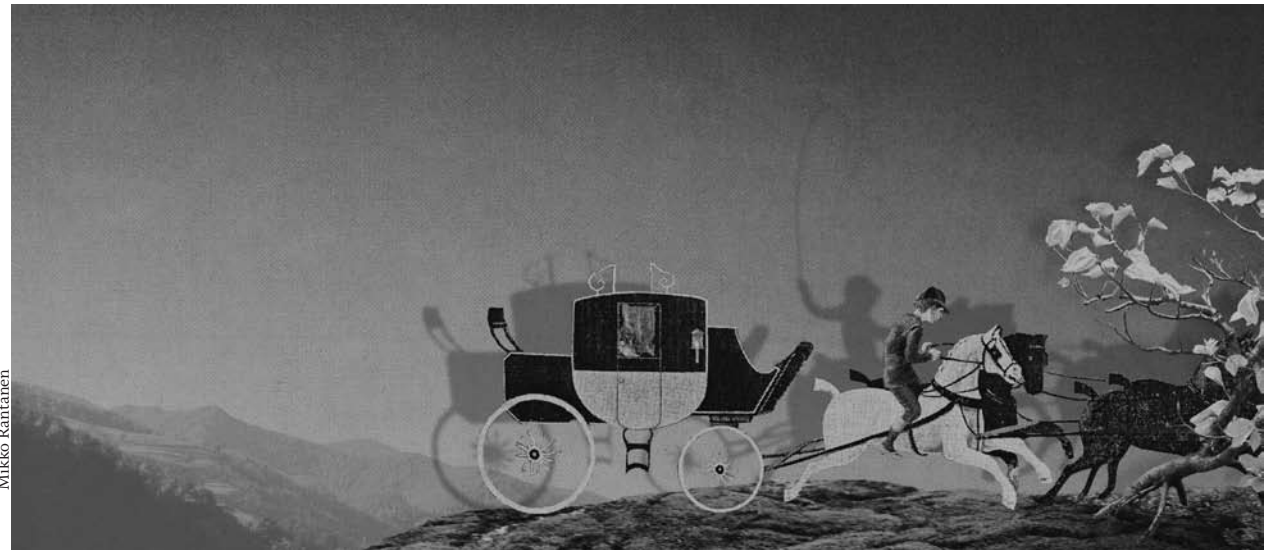
Considero que, como escritor, tengo el deber de luchar contra la censura, y me refiero a cualquier tipo de censura ejercida por cualquier tipo de gobierno. Asimismo tengo la obligación de defender la libertad de prensa. El escritor que afirme y trate de probar que puede seguir escribiendo en donde no existe la libertad de creación, es como el pez que declara públicamente no necesitar del agua para seguir existiendo.

Mijail Bulgakov, Cartas a Stalin

permitido un solo punto de vista. El nuevo orden no podía tolerar la contradicción. La imposición no puede permitir la competencia: la obligación no genera aceptación, la falta de contradicciones sí. Segundo la posibilidad de elegir, el grueso de la población queda intelectualmente amputada.

Todo escritor contrario al gobierno significa una contradicción, porque todo escrito significa una posibilidad. El gobierno soviético hubo de silenciar a los artistas cuyas obras significaban una posibilidad. Mijail Bulgakov no escapó de tan terrible destino, ni siquiera habiendo sido, en el inicio, aplaudido por los funcionarios soviéticos. Las primeras obras de Bulgakov se presentaron en los teatros más importantes de Moscú hasta que un burócrata descubrió que ocultaban un mensaje antes invisible. La persecución obliga a los escritores a redactar entre líneas. Bajo la Siberia de las letras habitaba el magma incandescente de la tierra, entre los diálogos costumbristas de *Los días de los Turbin*, primera obra que Bulgakov montara, se agazapaba la burla corrosiva a un gobierno profundamente estúpido, un sistema que hasta entonces, sin saber de qué reía Bulgakov, reía junto con él.

Las obras históricas del escritor corrieron con la misma suerte –aplaudidas por un Gorki embelesado y dirigidas, en más de una ocasión, por Stanislavski–: fueron adoradas por el público, la crítica y el régimen antes que fueran traducidas. Nadie veía que el Molière avasallado por Luis XVI en *Vida y obra del señor Molière* era el Bulgakov enredado tras los telones del Imperio. Pero el éxito y la admiración de la patria tocó a su fin. Con la publicación de *Corazón de perro* y el montaje de *La huida* la situación de Bulgakov cambió definitivamente. Inició la persecución y sobrevino el castigo.



Mikko Rantanen

Emiliano Monge (1978) nació en México. Su primer libro, el conjunto de relatos *Arrastrar esa sombra*, fue publicada el 2008 por Sexto Piso; su primera novela aparecerá en los próximos meses. Es miembro del consejo editorial de *H*. Actualmente vive en Barcelona.

¡Oh, el castigo!, arma suprema del poder que puede agruparse en tres vertientes esenciales: la pena de muerte; la cárcel y el exilio, y el ostracismo. Pilniak, Nabokov y Bulgakov, en este orden, son ejemplos de lo mencionado.

Pero ¿por qué Bulgakov no es asesinado, por qué no es enviado a la cárcel, por qué no se le permite salir de Rusia? ¿Por qué se le condena al ostracismo? ¿Por qué no se le aniquila, sabiendo que encarnaba la contradicción más peligrosa? La respuesta es compleja, la admiración no correspondida, el amor desbordado del líder al vasallo, cruza la historia de penurias que vivió Bulgakov. El escritor adorado, condenado, revalorizado y vuelto a condenar, para finalmente encontrar el sitio que le perteneció siempre, a la mesa con Gógol, Dostoievski, Tolstoi, Chéjov y Nabokov, es una marea intempestiva que arremete con furia y que se aleja, una y otra vez, de los puertos del siglo XX.

Todo comienza con un juego: un doctor en un pueblo perdido de la estepa rusa se inyecta morfina por puro aburrimiento. Entonces escribe un primer relato y se enamora de la sensación: no se hace adicto a la droga, se vuelve dependiente de la escritura. La temporada de servicio termina y en el tren escribe el primer cuento que redactara libre del influjo del elixir de la muerte. En Moscú comienza a trabajar como un loco, produce y publica cientos de cuentos, tantos y con tantos seudónimos que nadie sabe en realidad cuántos fueron los textos que terminó entre 1918 y 1925. Una fama inesperada lo toca desprevenido, el público lo adora. Y entre ese público se encuentra el líder máximo: Stalin devora la literatura de Bulgakov a la misma velocidad que éste la produce. Stalin era un hombre culto, adoraba las óperas de Verdi y era un lector empedernido. Durante su gobierno muchos fueron los artistas asesinados pero también muchos los que tenían carta blanca. Estaba loco. Y más loco se volvió por el talento de Bulgakov.

Tras el éxito en las revistas Bulgakov publica sus primeras novelas, *La guardia blanca*, *Los huevos fatales* y *Diaboliada*. Siguen las primeras obras de teatro, con las que el éxito se torna inconmensurable, como el amor del líder supremo hacia el artista de sus ojos. *Los días de los Turbin* se presenta en el Teatro del Arte de Moscú y Stalin asiste a verla en treinta y dos ocasiones. La admiración se vuelve pasión enfermiza: Bulgakov debía ser el gran escritor ruso, la bandera del proletariado. Stalin se lo propone sin ambages. Sin embargo, el médico ucraniano tenía otros planes. Rechaza la propuesta y comienza a trabajar en *Corazón de perro*, la novela que empollaría la tragedia, y en la adaptación de *La huída*, obra que será retirada de escena. Nunca como entonces Bulgakov arremete contra el régimen soviético. Además, hasta 1928 no comenzaría la gran censura; la tolerancia, aunque mínima, existió hasta 1927. Se conjugaron así el endurecimiento del régimen, la transformación de un escritor en crítico implacable y el desaire al dictador. Si *La huída* había generado cierto desasosiego en el tirano, *Corazón de perro* quebraría el alma de Stalin.

Como una sinfonía que asciende incontenible –la primera entrega no mostraba mayor crítica, era tan sólo la metamorfosis inocente de un perro al que un científico le trasplanta la hipófisis de un muerto– cada nueva capítulo aumenta la rabia, mordiendo al régimen sin piedad, hasta preguntar si Marx prohibía las alfombras, hasta presentar al proletariado como un cáncer inculto dirigido por líderes estúpidos. La risa de los funcionarios se congela con las últimas entregas. La furia, alimaña que crece incontenible cuando la domina el desamor, lleva a Stalin a enviar una comisión hasta la casa del escritor. ¡Cuánto lo quería, cuánto habrá de odiarlo! El dolor que Bulgakov engendró en el dictador será pagado con la misma moneda: Stalin no se detendrá hasta aniquilar emocionalmente al escritor. En su trato desplegará las más sutiles artes de la destrucción, en el castigo impuesto al artista mostrará la bestia que lo habitaba. Tras soñar una vida perfecta para su ídolo, decide convertir su existencia en una pesadilla.

Los policías entran en la casa y descubren, además de la versión original de *Corazón de perro* –el editor había censurado los pasajes críticos–, el diario del escritor, *Bajo la bota*, título que por sí solo dice ya bastante. La condena es inevitable, el castigo un entramado cruel como ningún otro: se le deja vivir, seguir en su casa, escribir, pero se le informa que cada texto suyo será destruido, cada obra prohibida, cada palabra de un hombre cuya única salida era escribir será borrada con la goma del poder. Se impone la mordaza y se erige una campaña brutal en su contra. Bulgakov habita a partir de entonces un país de sordos: nadie habrá de escucharlo. La enfermedad que lo consumía, sufría del corazón y estaba sumido en una depresión creciente, con ataques de pánico y paranoia incluidos, se agravará con el ostracismo impuesto por Stalin. “En 1929 ha tenido lugar mi destrucción. Ya no me queda esperanza. Sombríos rumores se arrastran a mi alrededor como serpientes: estoy condenado en todos los sentidos del término”, escribe un Bulgakov desesperado a su hermano.

Sus libros son retirados y se prohíbe la publicación de sus textos. Se levanta poco a poco el telón del olvido. En los teatros no se vuelve a saber de *Vida y obra del señor Molière*, *El Quijote*, *La huída*, *Los últimos días de Pushkin*, *La isla purpúrea* o *Iván Vasilievich*. En diferentes ocasiones se propone a Stalin enviar al escritor a la cárcel, sin embargo, éste se niega: Bulgakov no sólo es enemigo de la revolución, es el hombre que lastimara el alma del líder. El despecho se paga con lágrimas, la impotencia con impotencia. El régimen persigue, castiga y enardece al pueblo contra el enemigo de la costumbre. La contradicción es silenciada.

En su casa, a pesar de la desesperación y de habitar la isla en la que se ha convertido su existencia, o precisamente por esto, comienza a escribir la obra maestra de la literatura rusa del siglo XX, *El maestro y Margarita*, que verá la luz hasta el deshielo de 1967. Sin embargo, la depresión lo consume lentamente. Desesperado, escribe decenas de cartas a Stalin. Pide que lo deje trabajar, que lo deje publicar y, finalmente, que lo deje irse del país. No encuentra respuesta, el dictador goza la súplica, se siente pagado: ha convertido la vida del escritor en una pesadilla. Un día suena el teléfono: es el líder supremo. Bulgakov se emociona y piensa que el perdón ha llegado. Pero Stalin ha preparado durante mucho tiempo la puntilla: podrás volver al teatro, le dice, pero como director adjunto del mismo, como burócrata del aparato de Estado. Nada más cruel, nada más injusto. El escritor cuelga y llora de pié, sus días están contados. La depresión no dejará que se levante. Stalin ha cumplido su promesa, el propio Bulgakov lo dice antes de morir: sólo quiero que todo termine y saber dónde habré de despertar. Para quien la muerte es el tránsito final de un largo y cansado sueño intranquilo, la vida no ha sido más que una pesadilla. 🐉



CASILLA 31 (EL POZO)

Canción de cuna

para mi hija huérfana

de su padre muerto.

Yo juré que no tenía un arma.

No.

No la tenía.

Lo juré en un estribillo.

Lo juré como Pedro juró no conocer al rey de los judíos.

Dije ven.

Dije así, ven así.

Dije cosas sin sentido.

No pensé.

Olvidé cerrar la puerta, hacerle nudos a las cuerdas y bajar la voz.

Y juré.

Repetí: no, no tengo un arma.

No la tenía.

Yo juré que no la tenía en la canción.

Olvidé dónde se había perdido.

Si no estaba en la letra se escondía en la habitación.

Y seguí.

La busqué.

Dije ven, amigo. Lo llamé, enemigo.

Fue así. Ya no sé. Ya no juro.

Dónde estás. Yo no estoy.

Es verdad, mi niña, no la tenía.

Juré que no tenía un arma.

No la tenía.

Cantaba para ti. No estaba en el estribillo.

Dónde la encontré. Dónde me perdí.

Tú dormías cerca y ella dormía en el cajón.

CASILLA 32 (OCA)

Majestad,

por más que os aburra la eternidad no estimo lo más prudente

tener a vuestro consejero siendo el inmortal testigo

de las glorias que el futuro quiera deparar a los franceses.

Recordad ese dicho popular que agorero, pone al cuervo sacándole los ojos a aquéllos que los crían.

¡Desconfiad!, empapado de soberbia bien pudiera el ave con el tiempo traicionar a vuestros nietos y desmontarles la cabeza de los hombros que acogen su paseo.

Leo decepcionado que no quisisteis corazón americano

mas sabe este vasallo que con las carnes que siguieron haréis cumplida comunión.

✠ El minuto americano

Silvia Veloso

USANDO LAS 63 CASILLAS DEL POPULAR Y ANTIGUO JUEGO DE LA OCA –TABLERO DE AVENTURAS QUE LLEVA HASTA UN EDÉN, EL JARDÍN DE LA OCA–, SILVIA VELOSO ARTICULA UN POEMA EXTENSO QUE REPLICA ESE VIAJE DE SIGNOS A TRAVÉS DE LA HISTORIA Y DEL LENGUAJE, E INDAGA Y CRITICA SU LÓGICA Y APARIENCIA, AZAR Y ORDEN, ADEMÁS DE MOSTRAR PAISAJES VARIOS Y DAR VOZ A PERSONAJES QUE VAN DEL JARDINERO DEL REY DE FRANCIA A UNA GARZONA CHILENA. *El minuto americano*, RECIÉN EDITADO POR CUARTO PROPIO, ES EL SEGUNDO LIBRO DE ESTA POETA ESPAÑOLA-CHILENA, ESPONTÁNEA Y METÓDICA, EXPERIMENTAL Y ÉPICA. REPRODUCIMOS AQUÍ LOS POEMAS-CASILLAS QUE MEDIAN EL LIBRO.

Me regocija imaginar que a esta hora de calor

esté yo aquí bañado en sudor mientras vos con mademoiselle

disfrutáis del dulce amor a la fresca compañía de las fuentes.

Habréis de convenir que no tiene parangón la belleza de la dama que envié.

Que disculpen a este caballero madame de Maintenon y también la Montespan,

si en el modo de actuar sus celos despertó

pero pudo más saber cuánto os placería adornar el Trianon con la perla que este verde cofre atesoraba.

Continúan alrededor los prodigios sucediendo y aunque a veces yerro atento me mantengo para no dejar pasar cuanto pudiera interesar al curioso y soñador carácter vuestro.

Mucho más que yo disfrutaríais del calor y de las tantas cosas raras que se viven cada día en estas selvas.

En las últimas calendas por la ruta del Jurué se vino a aparecer insospechada caravana de misceláneas gentes.

Titiriteros caníbales y reductores de cabezas

domadores de fieras y espantosos animales ni siquiera iluminados en el bestiario medieval.

Acompañados de sus momias enjoyadas hacen procesión y con mucha ceremonia en exótico convite junto a esas secas damas he compartido un té.

A cuenta del brebaje se llega a las estrellas y por dios que por un rato estuve persuadido de ser el más feliz de los mortales.

Aunque dijo el curandero no ser muy conveniente abusar de la felicidad que Dios dejó olvidada en este díscolo jardín.

Nunca me encontré en tal estado, embriagado

llegué a pedirle matrimonio a la señora vendada que a mi diestra sentada coqueta se reía.

Y por los clavos del señor que yo veía a espléndida mujer con la cara iluminada por la más bella y sensual de las sonrisas.

Ved los menesteres a los que ando sometido.

Mas rescatando lo positivo, sabed que de fístula en pudendas partes sufría como vos el brujo de la troupe.

Y después de tanto té hicimos buenas migas pudiendo sonsacarle el remedio milagroso que su alivio proveyó.

Olvidad majestad la cirugía y haced buen uso en pócima y emplasto de las hierbas que os envió, volverán las reales posaderas a dejaros vivir con humana dignidad.

Sobre lo principal, trabajo señor y mucho, mas no es fácil.

Muy vasto es el parterre, paciencia a este capullo debemos de tener si queremos doblegarlo.

Mejor no alimentar vuestra ansiedad ni adelantar información que pueda con el tiempo jugarme en contra. 🐉

Melancolía y utopía

Wolf Lepenies

WOLF LEPENIES (1941) ES UNO DE LOS MÁS DESTACADOS SOCIÓLOGOS Y CIENTISTAS POLÍTICOS DE LA ALEMANIA ACTUAL. HA SIDO PROFESOR EN LAS UNIVERSIDADES DE BERLÍN Y PRINCETON, TAMBIÉN DIRECTOR EN CENTROS DE INVESTIGACIÓN DE PARÍS, SAN PETERSBURGO, BUCAREST Y OTRAS CAPITALES DE EUROPA. SI BIEN ESTE CONTINENTE, EL DE SU TRADICIÓN, ES SU OBJETO PERMANENTE DE ANÁLISIS, SUS REFLEXIONES ILUMINAN CON MUCHA POTENCIA Y ACIERTO LOS RASGOS PREDOMINANTES DE NUESTRA SOCIEDAD.

En las postrimerías del siglo XIX, el escritor francés Maurice Barrès, icono de la derecha política en su país, habló de su “herencia melancólica”, que le proporcionaba el sustento y como intelectual. “Somos... melancólicos”, observó; y la consiguiente pregunta, “¿Debemos lamentarlo?”, está llena de ironía. Pretendía ser una pregunta retórica. Sin embargo, Paul Valéry respondió a la pregunta de Barrès con una definición de la intelligentsia como clase (*intelligence-classe*) y llevó la ironía al extremo. Burlándose a todas luces del *cogito ergo sum* de Descartes, Valéry exclamó: “*Cette espèce (...) se plaint; donc elle existe*”, esta especie se queja, luego existe. En el origen de la modernidad europea se encuentra la duda cartesiana indagadora del mundo; y, al final, una melancolía cuya mirada se aparta del mundo exterior. La melancolía es el estado de ánimo de las civilizaciones viejas y algo cansadas.

Al melancólico le duele el mundo, intenta dar expresión adecuada a su sufrimiento y al final lo que acaba por dolerle es su propio ser. Por supuesto, esto no es así siempre ni en todas partes. En su forma extrema y exclusiva, no fue cierto ni en la Antigüedad europea ni en épocas y culturas que valoraron claramente la *vita contemplativa* por encima de la *vita activa*. La melancolía de los intelectuales no se convirtió en el topos europeo hasta el momento en que, tras el victorioso avance del capitalismo y el predominio de la ética protestante, la *vita activa* se vio promovida al ideal de comportamiento generalmente aceptado. La *vita contemplativa* quedó, por su parte, sometida a presión para que se autojustificara en una sociedad burguesa. En este sentido, la mentalidad económica característica del capitalismo temprano se interpretó siempre como un antídoto para la melancolía. Ello encontró una sucinta expresión en la lacónica fórmula de Thomas Carlyle al inicio de la industrialización en el hemisferio occidental: “¡Trabaja y no desesperes!”

En la actualidad, el trabajar para ganarse la vida corre el peligro de verse reducido considerablemente en tanto que actividad social general en las sociedades posindustriales avanzadas del mundo occidental. El sector del ocio se enfrenta a unos desafíos sin precedentes para controlar la liberación de una verdadera multitud de disposiciones melancólicas. Quizás en el futuro, en lugar de la relajación como forma de contrarrestar el trabajo y el esfuerzo, las personas liberadas del trabajo necesitarán tensiones artificiales como sustituto de una actividad convertida en un bien escaso. En una sociedad en la que el trabajo quizás acabe perdiendo su lugar preeminente, es probable que la melancolía pierda su posición como el talante preferido de la élite y se reduzca al nivel de un estado de ánimo general de masas.

El proceso de civilización obliga al hombre a un control constante de sus emociones. La melancolía, considerada como señal de turbulencia interior del individuo, de rebeldía amenazadora, cae así bajo sospecha en una etapa temprana. Con ello, el intelectual también se

vuelve sospechoso. Si, por una parte, no realiza el *sacrificium intellectus*, para adaptarse al mundo, ni desea, por otra, arriesgar su vida en abierta rebeldía, entonces el intelectual debe concebir y soñar otro mundo mejor. Así nació la utopía, el género literario que acompañó el impulso de Europa hacia la modernidad.

Como es sabido, el término intelectual se acuñó a finales del siglo XIX, en la Francia del caso Dreyfus, y existen buenas razones para no empezar una historia del intelectual antes de ese paso del siglo XIX al XX. Aunque también debe tenerse en cuenta que para que exista algo no es imprescindible que posea un nombre adecuado. Considero al intelectual como un individuo constitucionalmente melancólico que mantiene abierta una vía de escape hacia la utopía; en su propio beneficio, pero, por encima de todo, en beneficio de la humanidad. Robert Burton, que escribió la voluminosa *Anatomía de la melancolía* en el siglo XVII, empieza ese tratado con una visión utópica, porque quiere ahuyentar su melancolía. Tommaso Campanella, a quien se le permitió trasladar al papel de sus desbordantes pensamientos mientras estuvo encerrado en una mazmorra, se convirtió en intelectual con el tratado utópico *La ciudad del sol*; y La Rochefoucauld se convirtió en un melancólico autor de máximas y reflexiones tras el fracaso del último gran alzamiento de la nobleza francesa, la Frontera, con lo que pasó a luchar con la pluma sobre el papel en lugar de hacerlo con la espada en el campo de batalla. Todos ellos son intelectuales *avant la lettre*, miembros de la “clase de los que se lamentan”, esa sociedad secreta llamada la “la cofradía melancólica” que el escritor danés Jens Peter Jacobsen describió en el siglo XIX. Una peculiar interacción de humor melancólico y exuberancia utópica moldea su existencia.

El intelectual lamenta el estado del mundo, y su lamento acaba conduciendo al pensamiento utópico, al esbozo de un mundo mejor con objeto de expulsar la melancolía. Por esta razón la melancolía tiene que desaparecer de la utopía. Más aún: en la utopía existe, como norma, una prohibición estricta de melancolía. Esta prohibición se encuentra en la obra de Robert Burton, así como en los escritos de Campanella, en Tomás Moro y en 1984, la distopía de George Orwell. Los aristócratas del movimiento futurista italiano –obsesionados con la actividad y que, como su adalid Marinetti, se enorgullecían de su temperamento sanguíneo– combatieron como norma la melancolía y la inhibición de la acción que ésta comporta.

El intelectual no es siempre un melancólico ni tiene que convertirse necesariamente en un utópico. Sin embargo, su existencia, como regla, oscila entre esos dos polos. Sufre a causa del mundo y, al sufrir, se siente obligado a concebir otro mejor. Aquí radica el origen de lo que se denominará más tarde la “traición de los intelectuales”. Porque el rechazo utópico de la melancolía enseguida se transforma en la obligación de encontrar la felicidad en la sociedad o –si eso resulta demasiado difícil, cuando no imposible– de imponer al menos la



Mikko Rantanen



aparición pública de felicidad en los rostros privados. “*Organiser la fortune*” fue el lema del utópico Cabet; y la Revolución francesa, con Saint-Just como portavoz, hizo de la felicidad misma nada menos que el objetivo supremo de la actividad estatal. Esta orden inalcanzable prohíbe al individuo exhibir de forma abierta su infelicidad privada, por doloroso que ello sea. Así, la melancolía fue descrita, pues, de modo muy adecuado como la tristeza que no encuentra palabras. Sin embargo, esta tristeza sin palabras no sólo no halla espacio, lugar, *topos*, en las utopías distantes. La melancolía es despreciada en todos los regímenes totalitarios. Stalin quiere ver felices a todos los habitantes de Rusia, ¡y pobre de aquel cuya expresión del rostro no siga la orden del tirano! Hitler inmediatamente sospechaba de quienes en su entorno no compartían su optimismo político y militar.

La melancolía y la utopía: entre ambas se encuentra todo el esplendor y toda la miseria del pensamiento europeo. Al afirmar esto, pienso de modo especial en los artistas y los escritores. Un grupo de intelectuales cuyo origen social se halla también en la Europa moderna, que se inicia en el Renacimiento, elude en apariencia esta disyuntiva: los científicos de la naturaleza. Se podría incluso llegar a describir la ciencia empírica

como el ámbito de la actividad intelectual que se encuentra más allá de la melancolía y antes de la utopía. El científico, como norma, no desespera de este mundo, sino que se esfuerza por entenderlo, explicarlo y, en última instancia, manipularlo y cambiarlo; no piensa en términos utópicos, sino que hace predicciones que extienden el presente hacia el futuro; ni la desesperación ni la esperanza, sino la serena neutralidad y la conciencia pacífica, caracterizan la “ciencia normal” y a los que la practican.

Ahí radica el origen de esta tensión entre los dos sectores de la inteligencia europea que deseo distinguir como la “clase de los que se lamentan” y “las personas de buena conciencia”. Se trata de una tensión que no se expresa adecuadamente en la distinción común entre las llamadas dos culturas: los hombres de letras y las humanidades, por un lado, y los científicos de la naturaleza, por otro. No obstante, los científicos sociales –en parte también porque no están seguros de qué valores desean seguir– oscilan permanentemente entre la actitud científica y la literaria, y forman una “tercera cultura”: a veces se comportan como miembros de la “clase de los que se lamentan” y a veces hacen gala de la actitud de las “personas de buena conciencia”. 🐼

‡ La duquesa de Palliano

Stendhal

ESTA ES LA INTRODUCCIÓN DE UNA LAS CRÓNICAS ITALIANAS REUNIDAS EN EL LIBRO *Los Cenci*. EL GENIO FRANCÉS NO NECESITA MAYORES INTRODUCCIONES; SÓLO DESTACAR LO ACTUAL QUE PARECE EN SU VEJEZ, SU EXQUISITO Y GENTIL USO DE LAS NEGACIONES, SU CERTEZA AL DEFINIR LA LABOR DE TRADUCTOR-CRONISTA. PARA ABUNDAR EN EL AMOR LITERARIO, AGREGAMOS UNA NOTA SOBRE STENDHAL DE UNO LOS MUCHOS ESCRITORES QUE LO HAN ADORADO, PAUL LÉAUTAUD, SEGÚN CONSTA EN SU DIARIO LITERARIO. LA TRADUCCIÓN DE ESE FRAGMENTO ES DE ARMANDO URIBE, ESCRITOR QUE A SU VEZ AMA A LÉAUTAUD, Y CONSTA EN SU LIBRO *Pound-Léautaud*, RECIÉN PUBLICADO POR UDP.



No soy naturalista, y mis conocimientos de griego son muy limitados; el objetivo principal de mi viaje a Sicilia no ha sido observar los fenómenos del Etna, ni arrojar ninguna luz, para mí mismo o para los demás, sobre lo que los antiguos autores griegos dijeron de Sicilia. Buscaba ante todo los placeres de la vista, que son muchos en ese lugar tan especial. Se parece, según dicen, a Africa; pero lo que en mi opinión está fuera de toda duda es que sólo se parece a Italia en la voracidad de las pasiones. Precisamente de los sicilianos puede decirse que la palabra *imposible* no existe para ellos desde el momento en que les inflama el amor o el odio; y el odio, en ese hermoso lugar, nunca se debe a una cuestión de dinero.

Debe tenerse en cuenta que en Inglaterra, y sobre todo en Francia, a menudo se habla de la *pasión italiana*, de la pasión desenfrenada que existía en la Italia de los siglos XVI y XVII. En nuestros días, aquella gran pasión ha muerto, definitivamente, entre las clases que se han visto afectadas por la imitación de las costumbres francesas y por los comportamientos que están de moda en París o en Londres.

Ya sé que puede decirse que, desde la época del rey Carlos V (1530), Nápoles y Florencia, e incluso Roma, imitaron en cierto modo las costumbres españolas; ¿pero acaso aquellos hábitos sociales tan nobles no se basaban en el respeto ilimitado que todo hombre digno de ese nombre debe tener por lo que siente su alma? Lejos de excluir la energía, la exageraban, mientras que la primera máxima de los fatuos que imitaban al duque de Richelieu, hacia 1760, era la de no parecer *inmutarse por nada*. La máxima de los dandis ingleses, que en la Nápoles de nuestros días se prefiere a los fatuos franceses, ¿no es acaso la de parecer aburrirse con todo, superiores a todo?

Así pues, desde hace un siglo la *pasión italiana* ya no existe en la alta sociedad de ese país.

Para hacerme una idea de esa pasión italiana, de la que nuestros novelistas hablan con tanto desparpajo, he tenido que investigar la historia; pero la gran historia escrita por hombres de talento, a menudo demasiado majestuosa, no dice nada sobre ese tipo de detalles. Solo se digna a registrar las locuras cuando se deben a reyes o a príncipes. He recurrido a la historia particular de cada ciudad; pero la abundancia de materiales me ha abrumado. Cualquier pequeña ciudad os presenta su historia con orgullo en tres o cuatro volúmenes impresos en cuarto, y siete u ocho volúmenes manuscritos; los últimos, casi indecifrables, plagados de abreviaturas, con letras de caprichosas formas y, en los momentos más interesantes, repletos de giros típicos del lugar, pero incomprensible a veinte leguas de distancia. Porque en ese hermoso país en que el amor ha sembrado tantas historias trágicas, solo tres ciudades, Florencia, Siena y Roma, hablan más o menos como escriben; en el resto de Italia la lengua escrita está a cien leguas de la lengua hablada.

Lo que se conoce como *pasión italiana*, es decir, la pasión que quiere ser satisfecha, en lugar de *dar al vecino una imagen espléndida de lo que somos*, empieza en la sociedad renacentista, en el siglo XII, y deja de existir, al menos en la alta sociedad, hacia el año 1734. En aquel entonces, los borbones comienzan a reinar en Nápoles, en la persona de don Carlos, hijo de una Farnese, casada en segundas nupcias con Felipe V, ese triste nieto de Luis XIV, tan intrépido en medio de los cañonazos, tan aburrido, y tan apasionado por la música. Se sabe que durante veinticuatro años el sublime castrado Farinelli le cantó cada día sus tres canciones favoritas, que fueron siempre las mismas.

A un espíritu filosófico los detalles de una pasión vivida en Roma o en Nápoles pueden resultarle curiosos, pero confesaré que nada me parece más absurdo que esas novelas que ponen nombres italianos a sus personajes. ¿No estamos de acuerdo en que las pasiones cambian en cuanto avanzamos cien leguas hacia el norte? ¿Acaso el amor es el mismo en Marsella y en París? Como mucho puede decirse que las costumbres sociales de los lugares sometidos desde hace tiempo al mismo tipo de gobierno tienen una especie de parecido superficial.

Los paisajes, como las pasiones y la música, también cambian en cuanto nos movemos tres o cuatro grados hacia el norte. Un paisaje napolitano parecería absurdo en Venecia, si no existiera la convención, incluso en Italia, de admirar la espléndida naturaleza en Nápoles. En París vamos más allá, pues pensamos que los bosques y los campos cultivados son exactamente iguales en Nápoles y en Venecia, y nos gustaría que un Canaletto, por ejemplo, tuviera exactamente el mismo color que un Salvator Rosa.

¿No es el colmo del ridículo una dama inglesa que goza de todas las cualidades de su isla, pero que parece incapaz de describir el odio y el amor, incluso en esa isla: madame Anne Radcliffe, que da nombres italianos y grandes pasiones a los personajes de su famosa novela, el *Confesionario de los penitentes negros*?

No intentaré ensalzar la simplicidad y la rudeza a veces chocantes del relato excesivamente verosímil que someto a la indulgencia del lector; por ejemplo, traduzco literalmente la respuesta de la duquesa de Palliano a la declaración de amor de su primo Marcelo Capece. Esta monografía familiar se encuentra, no sé por qué, al final del segundo volumen de una historia manuscrita de Palermo, sobre la cual no puedo dar ningún detalle.

El relato, que resumo mucho, mal que me pese (omito gran cantidad de hechos muy característicos), contiene las últimas aventuras de la desgraciada familia Caraza, más que la curiosa historia de una sola pasión. La vanidad literaria me dice que tal vez no habría sido imposible hacer más interesantes muchas situaciones desarrollándolas más, es decir, adivinando y contando al lector, con todo detalle, lo que sentían los personajes. ¿Pero habría sido capaz yo, un joven fran-

cés, nacido al norte de París, de saber lo que sentían aquellas almas italianas en el año 1559? A lo sumo podría esperar saber lo que puede parecer elegante e intrigante a los franceses de 1838.

Ese modo tan apasionado de sentir que imperaba en la Italia de 1559 exigía actos, y no palabras. Así pues, en el relato que sigue se encontrarán muy pocas conversaciones. Es una desventaja para la traducción, por lo muy acostumbrados que estamos a las largas conversaciones de nuestros personajes novelescos: para ellos, cada conversación es una batalla. La historia para la que ruego toda la indulgencia del lector presenta un rasgo particular introducido por los españoles en las costumbres italianas. En ningún momento me he apartado del papel de traductor. La copia fiel del tipo de sentimientos del siglo XVI, e incluso del modo de contar del cronista, que, como parece probable, era un gentilhombre al servicio de la desgraciada duquesa de Palliano, es, en mi opinión, el mérito principal, si tiene alguno, de esta trágica historia.

*Los Cenci y otras crónicas italianas.
Traducción de Silvia Acierno y Julio Baquero,
introducción de Francisco Rico.

Gentileza de editorial Impedimenta.

‡ ¡Stendhal!

Paul Léautaud

¡Stendhal!, el encantamiento de mi juventud, el encantamiento de mi edad madura. ¡Stendhal!, la inteligencia, la sensibilidad, la observación y el análisis hechos literatura al más alto grado. ¡Stendhal!, el escritor inimitable, pues se imita una retórica, un vocabulario, no se imita las facultades intelectuales, la personalidad superior. Arrigo Beyle, Milanese... ¡Cómo me emociona ese epitafio, cómo me hace pensar! Gran espíritu, alma libre y voluptuosa. ninguna otra patria que la patria del corazón y del espíritu. Allí donde ha estado la felicidad, allí donde uno ha conocido el amor, la amistad, allí está la única y verdadera patria. Justamente, estas últimas noches, disgustado más que nunca de los libros de hoy día —la guerra favorece mucho a la mala literatura y las obras bobas sobre las cuestiones pretendidamente serias—, yo releía al azar la *Correspondance*. Aun en las breves cartas de amor, qué maestría del espíritu sobre el sentimiento, y al mismo tiempo qué profundidad de sentimiento bajo el espíritu zumbón que se burla de sí mismo. ¡Qué placer debe haber gozado al escribirlas! ¡Qué maravillosa lectura la de todas esas cartas!, en todas, qué brevedad, qué rapidez, qué naturalidad, qué abandono —¡el tono de la conversación!—, qué correspondencia perfecta entre la expresión y la idea, el sentimiento y la sensación, cuántas palabras conmovedoras, cuántas ideas fuertes, cuántas observaciones profundas, cómo está lleno todo eso, con pocas

La más rígida etiqueta española imperaba en la corte del duque de Palliano. Si tenéis en cuenta que cada cardenal y cada noble romano tenía una corte similar, podréis haceros una idea del espectáculo que daba, en 1559, la civilización de la ciudad de Roma. No olvidéis que era la época en la que, cuando le hacía falta el apoyo de dos cardenales para una de sus intrigas, el rey Felipe II daba a cada uno de ellos doscientas mil libras de renta en beneficios eclesiásticos. Aunque carecía de un poderoso ejército, Roma era la capital del mundo. En 1559, París era una ciudad de bárbaros bastante simpáticos. 🐉



Milko Rantanen

Gentileza de Ediciones Universidad Diego Portales.

Una herida esquemática

Ana Blandiana

POETA, NOVELISTA Y ENSAYISTA, LA RUMANA ANA BLANDIANA (1942) ES LEGENDARIA POR SU ACTIVISMO CONTRA LA DICTADURA EN SU PAÍS Y UNA DE LAS VOCES FUNDAMENTALES DE LA LITERATURA DE EUROPA ORIENTAL. ESTE ES UN EXTRACTO DE SU LIBRO *Proyectos de pasado* (1982, RECIÉN PUBLICADO EN CASTELLANO POR PERIFÉRICA), CONJUNTO DE RELATOS FANTÁSTICOS ANCLADO EN LA DURA REALIDAD IMPUESTA POR LA REPRESIÓN, QUE RETRATA CON SUTIL HUMOR NEGRO. EN ESTOS CUENTOS LOS ASISTENTES A UNA BODA SON DEPORTADOS A UNA «ISLA DE TIERRA» EN MEDIO DE LA NADA; LA VEJEZ Y LA PODREDUMBRE SE APODERAN DE UN PUEBLO IDÍLICO EN OTRO TIEMPO; UN FAMOSO ACTOR CONOCE LA VERDAD A TRAVÉS DE UNA FUNCIÓN FANTASMAGÓRICA. AQUÍ SE TRATA DE LA DISCUSIÓN EN TORNO A LA NATURALEZA DE UN DELFÍN QUE ASISTE A SU PROPIA MUERTE.

Ahora se dejaba llevar por las olas que antes solía romper sin haber tenido nunca tiempo de contemplarlas y descubría lo agradable que resultaba estar muerto y abandonarse a merced de unos elementos inesperadamente suaves. Cuando fue arrojado a la orilla –más exactamente, cuando después de depositarlo con delicadeza sobre la arena y de haberse asegurado de que lo podía abandonar tranquilo, el mar se retiró suavemente, deslizándose a lo largo de su cuerpo sólido y alargado, aureolado por un resplandor metálico–, sintió un momento de terror, como si hubiera querido volver a toda prisa, y solamente al descubrir que no era capaz de hacerlo, comprendió que tampoco tenía nada que temer. Permaneció así, inmóvil por primera vez en su vida, y por muy impropia que le pareciera la expresión, no renunció al posesivo aplicado a una realidad sobre la que ya no tenía derecho. «Inmóvil por primera vez» representaba tal revelación que el descubrimiento de la inmovilidad se incorporaba, paradójicamente, a la vida y se convertía en una sensación demasiado intensa como para poder considerarse fuera de ella. Luego, a excepción de la inmovilidad, no ocurrió nada más, y este «nada más» era uno de los estados más agradables que jamás había conocido.

–Parece más bien una copia –oyó de repente de una voz sorprendentemente cercana.

–En todo caso, un cuerpo geométrico perfectamente pensado, concebido así para poder avanzar por el agua lo más velozmente posible. La cabeza, del tipo de un submarino; el cuerpo, un fuselaje aerodinámico; la cola, un timón, y, al mismo tiempo, una hélice. Nada le falta ni le sobra; de todas las suposiciones la más difícil de admitir es que se trata de un animal, –añadió otra persona en un tono perezoso, que tuvo el don de indignar bruscamente al delfín.

–Sobre todo, el ojo es totalmente artificial –añadió la primera voz, con tanta seriedad que al delfín se le pasó el enfado. Le hubiera gustado cerrar dos o tres veces el párpado a modo de demostración, pero el hecho de no poder hacerlo ya no lo entristeció, sino que lo divirtió todavía más.

–Y la piel parece de plástico –precisó alguien bien educado y pedante.

–¿Parece? –se rió otro–. Es exactamente de plástico. ¡Poliuretano, poliuretano, y cloruro de polivinilo! ¡Mira, aquí se ve la fibra del tejido industrial, la marca de la fábrica!

El delfín hubiera querido ver también, claro está, el lugar en el que su piel acreditaba ser un producto industrial, pero ya no necesitaba recordar que no podía

moverse; empezaba a descubrir los límites y las ventajas de su nueva situación.

–Y este supuesto ojo, cortado tan geométricamente –continuó sabihonda, al sentirse escuchada, la misma voz burlona–, ¿quién podría pretender que es capaz de ver? La imitación de la vida es tan torpe y desprovista del soplo de autenticidad que ni el niño más ingenuo lo tomaría por un ojo verdadero. Todo está hecho deprisa para reproducir el modelo con el mínimo esfuerzo y con los materiales más baratos.

Extrañamente, la palabra «baratos» ofendió menos al delfín que la palabra «materiales».

–Se han acostumbrado a no hacer ningún esfuerzo, a no invertir nada, los tontos de los consumidores se tragan lo que sea, se contentan con cualquier cosa –se embaló el que peroraba–. Esos pobres niños tienen que tomar por un delfín este trozo de plástico hecho en serie, y, claro está, los padres tienen que pagar.

–Nadie exige el pago –observó rigurosa la pedante voz del principio–. Sin embargo, pienso que tiene razón. Su dibujo es demasiado perfecto para ser el de un animal verdadero. La cola, sobre todo, respeta estrictamente las leyes de la náutica y de la dinámica, al igual que la silueta. La vida nunca es tan irreprochable.

«A decir verdad, debería sentirme halagado. A su manera, sin darse cuenta, me hacen elogios increíbles», pensó en tono burlón el delfín, un poco cansado ya de la situación y sin la dicha que creía haber descubierto.

–¡Irreprochable! ¡Y una mierda! –vociferó uno, indignado–. Han improvisado un buen molde para los idiotas, del que han sacado cincuenta ejemplares, que han repartido por toda la playa en posiciones naturales. Sus perfectos delfines están registrados en el inventario del litoral al igual que las mecedoras y los aparatos de gimnasia.

«Y yo que pensaba que era único», ironizó sin mucho entusiasmo el delfín. Bien mirado, empezaba a aburrirse con aquel alboroto humano en el que se veía envuelto y comenzó a preguntarse si acaso esta verborrea estúpida y absurda no era lo que se llamaba muerte. 🐳



Portada de Proyectos de Pasado

Portada de Los años de esplendor

Retrato del artista como profesor miserable

José Ignacio Silva

¿NO ES ACASO POR UNA CURIOSIDAD, REVESTIDA DE UN CONVENIENTE INTELECTUALISMO, QUE ENTRAMOS EN EL DETALLE DE LAS VIDAS DE LOS ESCRITORES? ESTE POSTULADO SE CONFIRMA AL REPASAR LOS CUARENTA Y SIETE MOVIDOS AÑOS DE EXILIO AUTOIMPUESTO DE JAMES JOYCE (1882-1941) EN LOS CUALES DESARROLLÓ LO MEJOR DE SU PRODUCCIÓN LITERARIA. Y EN ESE OSTRACISMO DESTACA SU PERÍODO TEMPRANO, EL QUE JOHN MCCOURT REPASA EN EXTENSO EN SU LIBRO *Los años de esplendor. James Joyce en Trieste, 1904-1920* (FCE).

Hasta ahora la autoridad sobre James Joyce recaía en el académico norteamericano Richard Ellmann, cuya biografía del autor, publicada originalmente en 1959, mantiene tras medio siglo un reinado difícilmente rebatible, lo que sucede también en castellano, en un gruesísimo volumen editado por Anagrama. Esta meticulosa biblia joyceana instaló también una especie de silencio biográfico que en lengua inglesa –y por ende en la castellana– recién vino a ser roto por este libro de McCourt, que sin duda se empina como el trabajo sobre Joyce más importante desde la monumental y reverenciada biografía de Ellmann.

Observemos a John McCourt, un profesor dublinés de literatura, hoy residente en la ciudad de Trieste, quien además de seguir los pasos biográficos de Joyce resultó ser la única personalidad académica capaz de hacerle el peso a Ellmann. Sin embargo, el repaso del trabajo de McCourt dista muchísimo de emplazar una suerte de rivalidad entre ambos especialistas, quienes además de vivir en contextos espaciales y temporales distintos, han instalado –involuntariamente– un juego limpio, transformando sus trabajos en complementos ideales para desentrañar la vida y obra de uno de los escritores más importantes del siglo XX.

Si la vida configura a la literatura, como ha escrito Vila Matas, enfrentemos esa aseveración con el relato que hace McCourt (que en 2004 se adjudicó el premio Commiso por mejor biografía) de la etapa triestina de Joyce. Si la vida configura a la literatura, entonces son, por decir lo menos, estoicos los procesos de generación de *Dublineses*, Retrato del artista adolescente y el inicio de *Ulises*, todos a partir de comerse paletadas bien llenas de miseria a orillas del Adriático. Pero esta relación mísero-creativa es solamente uno de los aspectos que guían el libro de McCourt, quien trabajó con fuentes italianas de primera mano para rastrear el duro e incipiente exilio de Joyce, donde el escenario, la ciudad hoy italiana de Trieste, es no solamente decorado ni escenario, sino una entidad con un poder muy relevante en el modelado de las mejores obras de Joyce. Ellas, incluyendo a *Finnegans Wake*, destilan influencias del entonces puerto del imperio austrohúngaro, multilingual y multicultural, con pujante actividad comercial, y con una efervescencia política protagonizada por los irredentistas italianos, ajetreo que solamente pudo ser aplacado por un hecho del calibre de la Primera Guerra Mundial.

Un Joyce político, un Joyce botarate, derrochador, mal administrador de sus escasos ingresos, un Joyce despectivo, melómano y emprendedor (fue un pionero de la industria del cine en su despreciado Dublín), un Joyce que trataba a su hermano Stanislaus como si fuese su junior, un Joyce que luchó por casi una década para que le publicaran los hoy indiscutibles cuentos de *Dublineses*, un Joyce fascinado por lo judío (material cardinal para la creación de Leopold Bloom, uno de los antihéroes más insignes de la literatura moderna), a lo

JOSE IGNACIO SILVA A. (Santiago, 1980) es periodista y crítico literario. Ha colaborado en las revistas *Grifo*, *Revista de Libros y Artes* y *Letras de El Mercurio*, *Dossier*, *UDP*, y *El Periodista*, donde escribe periódicamente. Fue incluido en la antología de poesía y cuento *Voces germinales* (2003). Además trabaja en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam).

JOSE IGNACIO SILVA A. (Santiago, 1980) es periodista y crítico literario. Ha colaborado en las revistas *Grifo*, *Revista de Libros y Artes* y *Letras de El Mercurio*, *Dossier*, *UDP*, y *El Periodista*, donde escribe periódicamente. Fue incluido en la antología de poesía y cuento *Voces germinales* (2003). Además trabaja en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam).

que se acercó especialmente por su labor como profesor particular de inglés, y que contó entre sus alumnos a su querido Italo Svevo (o como prefiere denominarlo McCourt, por su nombre verdadero, Ettore Schmitz). Esas son algunas de las facetas del autor irlandés descritas en el libro.

Tras revivir estos “años de esplendor” queda meridianamente claro que el cruce entre James Joyce y Trieste fue más que próspero. Basta reparar en Ulises, ese mosaico inigualado y de chúcara clasificación. ¿Sería el mismo libro si es que James Joyce no hubiera entrado en contacto con el irredentismo italiano, el socialismo europeo continental, o con el feroz futurismo de Marinetti? ¿O si Joyce no hubiera tenido como pan de cada día el trato con eslovenos, croatas, serbios, griegos, italianos, alemanes, húngaros y austriacos, todos ávidos de imponer su cultura, lenguaje y religión sobre la otra?

El título original en inglés de este libro es –como no podría ser de otra forma al hablar de James Joyce– un pun, un juego de palabras, pues “*The years of Bloom*” es también la época del florecimiento (bloom) el florecimiento del escritor clave de un siglo donde la novela llevó las banderas de la literatura, y del personaje (Bloom) de la odisea literaria más connotada de la narrativa contemporánea. Si la idea es conocer a James Joyce, este libro de John McCourt es ineludible, no sólo por la sustanciosa y acabada investigación que aporta, pues McCourt –por si lo anterior fuera poco– soporta su trabajo en una narrativa harto legible y amena. Combinación feliz y nada frecuente en el ensayo literario actual. 🐳



Portada de Los años de esplendor

FICHA

Los años de esplendor. James Joyce en Trieste, 1904-1920

John McCourt

TURNER | FONDO DE CULTURA ECONOMICA, MÉXICO



Descubra los Beneficios de la Impresión Digital con el servicio, respaldo y consultoría experta de Vigatec.

- Optimice la rentabilidad de su inversión con bajos y medianos tirajes.
- Reimpresión de documentos en plazos cortos.
- Automatización del proceso de producción.
- Sistemas de alta productividad gracias a innovadora tecnología para manejo del papel.
- Soluciones de software y equipos de impresión de alta calidad.



Tecnología Océ
Impresión dúplex más rápida del mundo, en variados tipos de papel y con registro óptimo.

Para mayor información comuníquese con nosotros a nuestras oficinas:



VIGATEC
www.vigatec.cl

SANTIAGO
José Ananías 441, Macul
☎ (02) 350 7000

CONCEPCIÓN
Colo-Colo 379, Ofic. 509
☎ (41) 224 0201

VIÑA DEL MAR
9 Norte 555, Ofic. 426
☎ (32) 268 8548

ANTOFAGASTA
Pasco A. Prat 461, Of. 906
☎ (55) 226 449

El necio de Fonthill

Tal Pinto

En su entrada sobre William Beckford (1760-1844), la Enciclopedia Británica lo define como un “excéntrico diletante inglés”. Fue diletante sencillamente porque pudo serlo: a los once años heredó una suma principesca, entre plantaciones en Jamaica, propiedades en la campiña inglesa y lustroso dinero de su padre, Alderman William Beckford, dos veces alcalde de Londres. Que la enciclopedia lo trate de inglés se debe al mero azar de haber nacido en Inglaterra, pero ciertamente aquello de diletante admite una investigación más severa. Viudo con apenas 26 años, Beckford comenzó a frecuentar a lord Tourny con intenciones más amorosas que amistosas, aunque la primera realmente no descarte la segunda. Su relación con el joven lord no cayó bien, por decir algo, en una sociedad que se preparaba con esmero para la era victoriana. Ante los vitriólicos e históricos ataques de sus pares aristocráticos, Beckford se recluyó en una de sus propiedades en Richmond, lugar en que años después construiría la comentada abadía de Fonthill, una pieza arquitectónica gótica, magnífica y grandiosamente improductiva. William Hazlitt, indignado con la venta de la abadía, escribió en 1824: [La abadía] “es, en una palabra, un desierto de magnificencia, un refulgente baldío de ociosidad, una catedral convertida en juguetería, un inmenso museo de todo lo que es curiosísimo y muy caro, y, al mismo tiempo, menos valioso en el mundo del arte y la naturaleza”. Hazlitt bien podría haber escrito lo mismo de la literatura de Beckford que de la abadía, pues esas fueron las cualidades de su carácter, y esa fue la naturaleza de su residencia. Más tarde se rumorearía que en esa propiedad celebraba orgías homosexuales en gran número y concurrencia. Beckford fue, tal vez un Marqués de Sade más discreto, cuya acontecida vida, acá mediocrementemente bosquejada, erróneamente concitó más atención que sus libros.

Beckford debutó en el mundo de las letras con las *Memorias biográficas de pintores extraordinarios*. Tenía veinte años. En estas *Memorias*, más satíricas que biográficas, quizá el auge y seguramente la caída de seis pintores de la escuela flamenca (Aldrovandus Magnus, Andrés Güelfo y Og de Basan, Sucrewasser de Viena, Blunderbussiana y Watersouchy) es relatado en el estilo oriental de *Las mil y una noches*. No es casualidad que aquellos sean los pintores elegidos para biografiar ni que pertenecieran a la escuela flamenca, pues algunos de los cuadros de estos artistas tenían por residencia la casa, o mansión, de Beckford. Miguel Martínez-Lage cree que Beckford escribió las memorias “para que sirvieran de ayuda al ama de llaves, la cual se paseaba por las salas de la pinacoteca familiar con el manuscrito en la mano, leyendo los pasajes oportunos a los admirados visitantes”. Una guía satírica para ridiculizar el candor de su empleada. Un farsa sofisticada en la que Beckford era el único espectador y las visitas actores inconspicuos de una comedia que poco tenía que ver con la muerte de Gonzago, pero que algo, sin ninguna duda, deben de haber aprendido del ama de llaves.

Existe una continuidad trágica entre los seis pintores biografiados. Alentado presuntamente por el romanticismo en boga, Beckford concede a estos pintores un talento infrecuente que trae consigo un

destino turbulento. Aldrovandus Magnus, el primer biografiado, en el pináculo de su fama, cuando sus mecenas le tributaban la mayor de las glorias, muere frustrado, o de pena, incapaz de pintar su último cuadro, que sería su magna obra, su punto final, al quemarse la bodega donde almacenaba sus lienzos. Casi un tema bíblico: como a Moisés, su ingreso a la tierra prometida le es vedado. Su legado vivirá en Andrés Güelfo y Og de Basan, sus dos más destacados alumnos, quienes a su vez alcanzarán la fama en Venecia. Mientras Andrés, menos talentoso y más ordinario en sus ambiciones, evitará el sino trágico del genio, Og perderá la vida a los pies de un volcán. Hay un residuo cruel en las biografías; es sabido que la sátira no prospera sin un ejercicio moderado de crueldad.

Blunderbussiana es un caso aparte. Un buen salvaje que encuentra en la anatomía un escape a su vida de bárbaro: “En primavera dedicaba la primera hora de la mañana a salir de su cueva, y llevándose a menudo un cadáver al hombro se refugiaba en una arboleda cercana, explorándolo con deleite... nunca le faltaba una pierna o un brazo, que seccionaba poco a poco, y por lo general se acompañaba en estas operaciones de un silbido melodioso, pues era un joven de disposición alegre”. Beckford hace de la educación formal, muy al modo del moderno Dr. Spock, un mito: Blunderbussiana tiene un genio innato que emergerá con independencia del entorno. Incluso se sirve del depósito de cadáveres, todos muertos por la mano de su padre y sus cosacos, para aprehender el oficio. Blunderbussiana es una broma sutil contra las instituciones escolares.

Su fijación con el orientalismo, concretado en *Vathek*, la novela de Beckford más conocida, ya se manifiesta en estas *Memorias*, así como la admiración por la farsa y la broma, quizá los elementos sobresalientes de la mejor narrativa inglesa desde Swift a Sterne, hasta Amis y Burgess. Beckford se pasó la vida construyendo casas, coleccionado arte y viajando. Le quedó tiempo para la política. Lo persiguió el rey Jorge III. Nada parece haberlo amilanado. Murió a los 84 años. Una de sus casas fue, por un tiempo, una taberna, y seguramente la cerveza no era de la mejor calidad. 🐉

Tal Pinto (1989) es crítico literario de *The Clinic*.



Mikko Rantanen

metales pesados / libros

José Miguel de la Barra 460
Teléfono: (56-2) 638 75 97
Mail: mpesados@metalespesados.cl

Sucursal: Centro Cultural Palacio La Moneda
Plaza de la Ciudadanía s/n
Teléfono: (56-2) 699 3606
Mail: moneda@metalespesados.cl

Carlo Levi
El reloj

Gadir Ficción

Por el autor de *Cristo se detuvo en Éboli*
"Un libro proustiano" M. García-Posada, ABC



Fernando Pessoa
La mejor del mundo son los niños

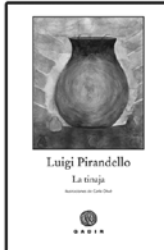
Colección El Bosque Viejo

Textos para la infancia que atraerán a los niños
y a la legión de admiradores de Pessoa

Luigi Pirandello
La tinaja

Colección El Bosque Viejo

"Una edición cuidadísima en la traducción y en
las sencillas ilustraciones de gran belleza" *Babelia*



GADIR
EDITORIAL

Una de las 10 editoriales más valoradas por los librerías en España

idEC
UNIVERSITAT
POMPEU FABRA

MAGÍSTER EN EDICIÓN DIPLOMADO EN EDICIÓN

La Universidad Diego Portales y la
Universidad Pompeu Fabra de Barcelona
convocan al Primer Programa de Postgrado
centrado en la Edición
de Libros y Revistas.

udp | facultad de
comunicación
y letras
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Información y postulaciones
Vergara 240, teléfono 676 2344
magister.edicion@udp.cl - diplomado.edicion@udp.cl



✦ Niños de la vida

Marcela Fuentealba

PIER PAOLO PASOLINI PUBLICÓ SU PRIMERA NOVELA, *Ragazzi di Vita*, en 1955. TENÍA 33 AÑOS, HACÍA POCO VIVÍA EN ROMA CON SU MAMÁ —SU HERMANO HABÍA MUERTO EN LA GUERRA—, ERA PROFESOR EN UN COLEGIO, JUGABA FÚTBOL, ESCRIBÍA ENSAYOS EN LA PRENSA (COMPILADOS EL 60 EN *Pasión e ideología*), PUBLICABA LIBROS DE POESÍA (*Las cenizas de Gramsci*), EMPEZABA A HACER DIÁLOGOS EN EL CINE (LAS PUTAS DE *Las noches de Cabiria* DE FELLINI). LOS SIGUIENTES VEINTE AÑOS VIVIÓ UNA INTENSA VIDA DE CALLE, DE INTELLECTUAL Y DE ARTISTA, UNA DE LAS MÁS SERIAS, PRODUCTIVAS Y JUGADAS EN ITALIA, HASTA QUE LO ASESINARON EN 1975.

Pasolini, homosexual, comunista expulsado, genera o generaba posturas: se ama, se ignora, se critica, se odia. Genio del cine, intelectual de primera línea, poeta total, como político y como artista intentó recuperar el sentido natural y sorprendente de la existencia ante el retorcimiento de la sociedad de masas y su poder jamás diseminado. Criticó a la burguesía, al consumismo y al fascismo: a la primera por ser incapaz de sentir (*Teorema*), al segundo por estandarizar el deseo (cuestionó el aborto), al tercero por anular con brutalidad al que simplemente no quiere (*Saló o los 120 días de Gomorra*). Pasolini veía lo que estaba desapareciendo: al pueblo en su sentido antiguo, "que estalla feliz por las plácidas calles en fiesta, en un canto común/ que invade barrios y cielos, calles y aldeas/ a lo largo de Italia, hasta los valles derramando/ por segados y amarillos declives/ trigales —por los pueblos de la Europa/ perdida donde repite los bailes/ y los coros antiguos en el viejo/ aire dominical". Nótese que en este poema está explicando lo que no tienen los cuadros de Picasso: hace poesía de todo.

Lo acusaron de ingenuo, de primitivista, de alentar la religiosidad popular, de inmoral o de latero. Sciascia lamentó decir a su muerte que sólo él lo escuchaba. Pasolini había visto, respondido, escrito, hablado, se expuso entero. Fue generoso y fiel: amigo de sus amigos y de sus alumnos toda la vida, amó a su madre y al fútbol, escribió demasiado e hizo todas sus películas, incluida la mejor sobre Cristo. Al morir iba a filmar una vida de San Pablo, que pensaba hacía años, en África y en Medio Oriente, como había hecho en su país, con la gente de los pueblos. Le interesaba la pureza de deseo que se encuentra en lo religioso y en el arte; también en el amor, carnal o no. Al ver su trilogía de la vida —cuentos de las Mil y una noches, del Decamerón y de Canterbury— se entiende que busca el relato ancestral, humorístico la mayor de las veces, ingenuo ante los deseos y los sentimientos, que aún son la misma cosa: en el hombre real el arte es la vida y el gran arte una revelación, como en un sueño.

Dos sueños en sus películas: *Uccelacci* y *ucellini*, el actor natural Ninetto Davolo, su niño de la calle, habla con un viejo Totó mientras caminan por la periferia, luego conversan con un cuervo, que representa al in-

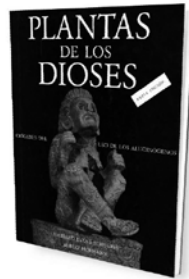
tellectual de izquierda. Y el último cuento del Decamerón, cuando el artista (Pasolini mismo) sueña que ve terminada su obra, hermosa e imposible.

Lo real en su primera novela: huachos de la periferia, hermanitos, muchachos o chavales del arroyo, como se titula esta traducción española: el mundo puro para Pasolini (puro: una de sus acepciones es extremar y otra "poner en aprieto": de ahí "apuro"). Cuatro años después de *Ragazzi di vita* escribió otra novela, *Una vita violenta*. Intentó retratarlos varias veces; en su primer libro póstumo, *La divina mimesis*, aun habla de los "muchachos de los años 50". Hermosos peleando, muriendo, sobreviviendo. Son los que no tienen poder, los que se lanzan, los que se entregan y caen (como *Los olvidados* de Buñuel, pero la película de Pasolini termina con un crucificado y se llama *Mamma Roma*). Según la justicia a él lo habría matado uno de esos niños, pero la verdad es que ese niño pagó treinta años de cárcel como chivo de una confabulación mafiosa, de ultraderecha o democristiana, no se sabe. Un día antes de morir había dicho que "todos estamos en peligro".

En el mundo ideal de Pasolini las relaciones son un embrujo, el mundo es hermoso y terrible (alguien se come a su padre, alguien sacrifica a sus hijos), y a pesar de todo la verdad (el amor) triunfan un instante: el poder pierde, aunque mate, porque es ajeno y común. Como si quisiera restaurar el sentido de las sociedades salvajes, donde, según Pierre Clastres, hay canto y no hay jefes, sociedad y no Estado. Cristo es ahí el revolucionario y no la víctima: ahí opera la vida, el relato verdadero. Pasolini asistió a una gran debacle de esa posibilidad y dio su vida por defenderla. 🐦

• FICHA
Chavales del arroyo
Pier Paolo Pasolini
NÓRDICA LIBROS
Traducción de Miguel Angel Cuevas

En el Fondo... nuestros recomendados



Plantas de los dioses
Orígenes del uso de los alucinógenos
208 pp PVP Ref. \$ 29.909
Este libro es un testimonio fascinante y conmovedor del uso que los hombres han hecho de los alucinógenos a lo largo de su historia, y a todo lo ancho del planeta. Incluye también los descubrimientos antropológicos y bioquímicos más recientes en esta área.



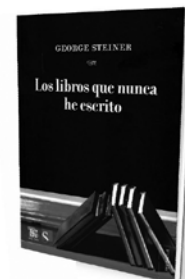
Estados Unidos contra Estados Unidos
420 pp, PVP Ref. \$17.600
Es la condolencia de un enamorado de Estados Unidos por la decadencia paulatina, aunque no irreversible, del legado liberal de quienes erigieron la república estadounidense en el siglo XVIII.



Historia de los síntomas de los trastornos mentales
La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX
702 pp PVP Ref. \$34.500
La obra presenta magistralmente la historia de los principales síntomas psiquiátricos, dónde y cómo se describieron por vez primera los diferentes síntomas de la patología mental, así como el marco en el que surgieron esas descripciones.



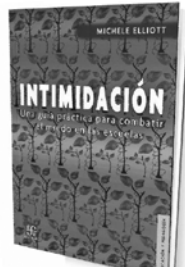
El cuento del pingüino
32 pp PVP Ref. \$ 6.980
Un pingüino está retrasado para asistir a una reunión. El no puede saberlo, pero su retraso lo llevará a descubrir una escalofriante verdad sobre sí mismo que cambiará su manera de ver el mundo en el que vive: alguien más está leyendo lo que le ocurre.



Los libros que nunca he escrito
237 pp PVP Ref. \$12.690
"Un libro no escrito es algo más que un vacío. El libro que nunca hemos escrito es precisamente el que podría establecer esa diferencia, el que podría habernos permitido fracasar mejor. O tal vez no".



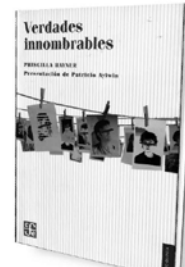
Barco de papel
32 pp PVP Ref. \$8.350
Una niña toma un baño de tina y se entretiene con sus barquitos de papel. De pronto, se anima a subirle a uno de ellos y así, surcando el océano de la imaginación, se embarca en una fabulosa aventura llena de peligros que finalmente la llevarán hasta alguien muy especial.



Intimidación
Una guía práctica para combatir el miedo en las escuelas
573 pp PVP Ref. \$15.000
Las escuelas no pueden permitirse el lujo de ignorar las consecuencias de la intimidación, y hoy más que nunca es vital que enfrenten eficazmente este delicado problema para garantizar la tranquilidad y la seguridad de los estudiantes.



**FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA**

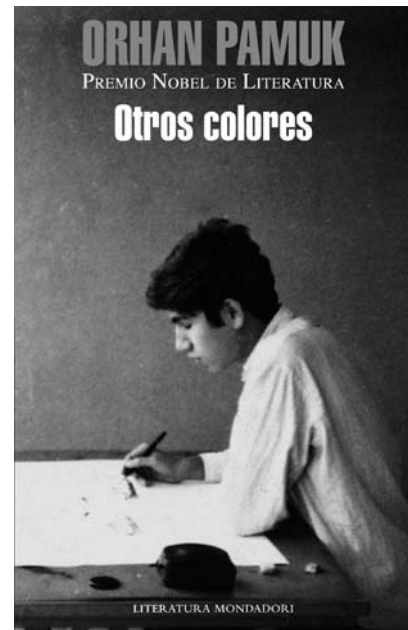


Verdades innombrables
El reto de las comisiones de la verdad
432 pp, PVP Ref. \$14.600
Con prólogo de Patricio Aylwin este libro se realiza un minucioso análisis sociológico del trabajo de varias comisiones de la verdad, con especial atención en los casos de Sudáfrica, Guatemala, Argentina, Chile y El Salvador.



La mente de par en par
Nuestro cerebro y la neurociencia de la vida cotidiana
247 pp PVP Ref. \$12.500
Es un libro revelador en el que el autor logra hacer accesibles al lector no iniciado los conceptos complejos de este campo; conjuga reportaje de investigación, experiencia personal y los descubrimientos científicos más recientes sobre cómo funciona nuestro cerebro.

Encuétralos en Librería del Fondo Gonzalo Rojas - Paseo Bulnes 152 ♦♦ Moneda www.fcechile.cl



Reflexiones, críticas, ensayos
y entrevistas en que

Orhan Pamuk

habla sobre sus obsesiones cotidianas y literarias.
Salman Rushdie, Patricia Highsmith, Lawrence Sterne, Fiodor
Dostoievsky, entre otros, son analizados por el premio Nobel 2006.



RANDOM HOUSE MONDADORI

P·R·O·S·A & POLITICA

“Una librería del
centro mejor que la mejor
de cualquier barrio”

CIENTOS DE NOVEDADES
MENSUALES DE ESPAÑA EN:

Filosofía
Ciencias Jurídicas y Sociales
Educación
Literaturas
Música
Psicología * Psicoanálisis
Religiones
Libros para niños

Valentín Letelier 1376
esquina de Almirante Gotuzzo
Tel. 6727681
libreria@prosaypolitica.cl

La famosa invasión de Sicilia por los osos

Dino Buzzati

DINO BUZZATI (1906- 1972) FUE, ADEMÁS DE UNO DE LOS GRANDES NARRADORES DE SU TIEMPO, PINTOR, PERIODISTA Y CORRESPONSAL DE GUERRA. DESDE ESTA ÚLTIMA EXPERIENCIA ESCRIBIÓ SU ACLAMADO LIBRO *El desierto de los tártaros* (1940), NOVELA KAFKIANA DE SOLDADOS QUE ESPERAN UNA INVASIÓN QUE JAMÁS LLEGA. SUS OBRAS SON DIVERSAS: UNAS MÁGICAS, COMO *Bárnabo de las montañas* y *El secreto del bosque viejo*, OTRAS FANTÁSTICAS, COMO *El gran retrato*, Y UNA CASI BIOGRÁFICA, COMO *Un amor* (TODAS EDITADAS POR GADIR). ADEMÁS ES AUTOR DEL CUENTO LARGO PARA NIÑOS, HOY CLÁSICO, *La famosa invasión de Sicilia por los osos*, ILUSTRADO POR ÉL MISMO. AQUÍ ADELANTAMOS LA PRESENTACIÓN DE LOS PERSONAJES Y ALGUNOS DIBUJOS DE ESTE GRANDIOSO LIBRO QUE MEZCLA LA FÁBULA, LA AVENTURA Y EL HUMOR.

Rey Leoncio. Es el rey de los osos: hijo de un rey que, a su vez, tenía un rey por padre; oso, por tanto, nobilísimo. Es grande, fuerte, valeroso, bueno (y además inteligente, aunque no más de la cuenta). Esperamos que le queráis mucho. Su piel es magnífica y él está justificadamente orgulloso de ella. ¿Defectos? Quizá es un poco demasiado incauto y, en diversas circunstancias, se mostrará más bien ambicioso. No lleva corona en la cabeza: se distingue de los otros osos, además de por su aspecto general, porque lleva en bandolera un gran sable pendiente de un tahalí. Precisamente por haber guiado a sus animales en la invasión de Sicilia alcanzará la inmortalidad; o por lo menos lo merecería.

Tonio. Hijito del Rey Leoncio. Poco se puede decir de él. Era aún muy pequeñito cuando dos cazadores desconocidos lo capturaron en las montañas y lo llevaron a la llanura. Desde entonces no hemos sabido nada más. ¿Qué habrá sido de él?

El Gran Duque. Tirano de Sicilia y enemigo jurado de los osos. Extraordinariamente orgulloso, se cambia de traje siete u ocho veces al día; no por eso consigue parecer menos feo de lo que es. Los niños le hacen burla a escondidas por su gran nariz ganchuda. ¡Ay de ellos si se enterase!

Profesor De Ambrósiis. Personaje importantísimo del que haríais bien en aprenderos enseguida el nombre. Era astrólogo de la Corte, es decir, en palabras más sencillas, estudiaba todas las noches las estrellas (a menos que estuviese nublado), y según su posición anunciaba al Gran Duque las cosas antes de que sucedieran; todo esto mediante difícilísimos cálculos, o al menos eso decía él. Naturalmente, no todo le salía bien: algunas veces acertaba y otras no; y entonces venían los disgustos. Hace poco, aun habiendo adivinado exactamente, hizo rabiarse terriblemente al Gran Duque —ya veremos por qué—, y fue arrojado de mala manera del palacio. De Ambrósiis además dice ser mago y saber hacer encantamientos; hasta ahora, sin embargo, no los ha hecho. En realidad, posee una varita mágica que guarda con todo cuidado y que nunca ha

utilizado. Parece, en efecto, que esta varita puede ser usada solamente dos veces, después de lo cual pierde su virtud y puede ser tirada a la basura. Exteriormente, ¿qué aspecto tiene el profesor De Ambrósiis? Altísimo, flaco, seco, con una larga barbita en punta. En la cabeza una chistera desmejorada, sobre los hombros un larguísimo balandrán sucio y mugriento. ¿Bueno? ¿Malo? Vosotros juzgaréis.

Oso Salitre. Uno de los más distinguidos, íntimo del Rey Leoncio. Es guapísimo y gusta mucho a las ositas. Siempre elegante, buen orador, le gustaría alcanzar los más altos cargos del Estado. Pero, ¿qué cargos le puede confiar Leoncio en la soledad de las montañas? No, no está hecho para la áspera vida de las peñas y los neveros; Salitre solamente se sentiría a gusto en el gran mundo, entre recepciones, bailes y festines.

Oso Padrazo. Gigantesco, quizá el más alto de todos (se dice que le saca una cabeza al Rey Leoncio); además, es muy valiente en la guerra. Sin su intervención providencial, la invasión de Sicilia hubiera acabado, el mismo primer día, en un chasco terrible.

Oso Teófilo. ¿Quién hay más sabio que él? Con los años ha aprendido muchas cosas. El Rey Leoncio le pide frecuentemente consejo. En nuestra historia aparecerá solamente unos minutos; y ni siquiera en carne y hueso, como veréis. Pero es tan bueno que sería una perversidad no recordarlo.

Oso Esmeril. De baja condición pero de ánimo generoso y de muy buena voluntad. Suele permanecer apartado, abstraído en algún maravilloso sueño de batallas y gloria. ¿Lo logrará? Quizá nos equivoquemos, pero cualquier día dará que hablar.

Oso Frangipán. En apariencia, nada de particular. Pero admirable por su agudo ingenio. Se divierte proyectando una gran cantidad de ingenios y máquinas indiscutiblemente geniales; sin embargo, en las montañas le falta material, así que hasta ahora no ha podido prácticamente combinar nada notable. Quizá más adelante.



Vuelan las Plumas

La alternativa literaria a la hora del taco

Martes 19:00 hrs.
Conduce: Vivian Lavín



Oso Teófilo. ¿Quién hay más sabio que él? Con los años ha aprendido muchas cosas. El Rey Leoncio le pide frecuentemente consejo. En nuestra historia aparecerá solamente unos minutos; y ni siquiera en carne y hueso, como veréis. Pero es tan bueno que sería una perversidad no recordarlo.

Oso Esmeril. De baja condición pero de ánimo generoso y de muy buena voluntad. Suele permanecer apartado, abstraído en algún maravilloso sueño de batallas y gloria. ¿Lo lograrás? Quizá nos equivoquemos, pero cualquier día dará que hablar.

Oso Frangipán. En apariencia, nada de particular. Pero admirable por su agudo ingenio.

Oso Jazmín. Dotado de un espíritu de observación muy especial, consigue ver lo que otras gentes mucho más instruidas que él no saben percibir. Un buen día va a convertirse en una especie de detective aficionado. Es un buen animal, en quien podemos confiar totalmente.

Señor de Molfetta. Príncipe de cierta importancia, primo y aliado del Gran Duque. Tiene a sus órdenes un ejército verdaderamente extraño y temible, como ningún otro monarca posee. Por ahora no podemos decirnos más; y es inútil que insistáis.

Troll. Viejo y pérfido ogro que vive en el castillo de Tremontano. Se alimenta preferiblemente de carne humana, en especial tierna (pero también de oso, se entiende). Por sí solo, como es tan viejo, no conseguiría agenciársela; pero tiene a su servicio, justamente para eso, al Gato Macaco en persona.

Gato Macaco. Monstruo legendario y ferocísimo. Consideramos oportuno no hablar extensamente de él aquí. Ya os entrará bastante miedo cuando entre en escena de improviso. Es inútil asustarse ahora. Para las tristezas siempre hay tiempo, como decía precisamente el oso Teófilo, tan buena persona.

La Serpiente de Mar. Otro monstruo, aún más gigantesco y no menos peligroso. En compensación, es mucho más limpio, ya que vive siempre en el agua. Tiene forma de serpiente, como su propio nombre indica; pero con cabeza y dientes de dragón.

Lobo Furioso. Tercer monstruo. Puede ser que no aparezca en la historia, incluso no tendría por qué aparecer nunca, si estamos bien informados. Pero nunca se sabe, podría llegar de un momento a otro. Y entonces, ¿qué papel hacemos nosotros, sin haberlo anunciado?

Fantasmas diversos. De feo aspecto, pero inofensivos. Son los espíritus de los hombres y de los osos muertos. Es difícil distinguir entre unos y otros. De hecho, cuando se transforman en espectros, los osos pierden el pelo y el hocico se les acorta; así que poca es la diferencia con los humanos; los fantasmas de los osos son, no obstante, más gorditos. En la historia saldrá también, muy poquito, el espíritu de un antiguo reloj.

El Viejo de la Montaña. Genio poderosísimo de los peñascos y los glaciares. De temperamento propenso a la ira. Ninguno de nosotros lo ha visto y nadie sabe con exactitud dónde está, pero podemos estar seguros de que existe. Por eso, siempre es mejor tenerlo de buenas.

Un búho. Se oirá su voz, unos momentos, en el capítulo segundo. Escondido en el fondo de la floresta, no lo podremos ver, sobre todo porque ya habrá caído el crepúsculo. El retrato aquí impreso es, por lo tanto, totalmente imaginario. El búho no hará más que entonar una de sus melancólicas cancioncillas, como hemos dicho. Después nada. 🦉

«Majestad, has convocado a los hombres y te lo agradezco. Pero, ¿por qué no has hablado también a los osos?»
 «¿A los osos? ¿Qué les habría de decir?»
 «Habría que decir que mi varita pudo ser robada por un hombre, pero también por un oso.»
 «¿Por un oso?», exclamó Leoncio sorprendido. «¿Desde cuándo los animales hacen cosas así?»
 «Sí, señor, por un oso», replicó el astrólogo resentido. «¿Quizá es que tú crees a los osos mejores que a los hombres?»
 «¡Pues claro que lo creo! Los osos no saben ni siquiera qué significa la palabra "robar"».
 «¡Ja, ja!», se burló el mago.
 «¿Te burlas, profesor?»
 «Me burlo, si señor», respondió De Ambrósii. «Buenas te las podría contar, si quisiera, sobre tus inocentes animalitos.»

Y aquí oiréis, niños y niñas, el misterio del parque de globigerinas.

tra el azul del cielo. A bordo de globos aerostáticos y pequeños dirigibles los ingenieros volaban sobre la ciudad para juzgar el efecto.
 «Pero, ¿por qué un hocico tan largo?», pensaba Leoncio. «Yo no tengo de ninguna manera un hocico tan largo. Se diría más bien que se va pareciendo a Salitre, vista desde lejos.»
 No obstante, no tenía valor para decirlo abiertamente, para no disgustar a nadie. Y la estatua dominaba ya majestuosamente la ciudad, el golfo y el mar lejano; dentro de pocos días se podría hacer la inauguración.
 Pero como está escrito que en la vida no se puede nunca estar tranquilo, un pequeño grupo de pescadores irrumpió en la plaza, presos de terror:
 «¡Socorro, socorro!», gritaban. «¡Es el fin del mundo!»
 Ha aparecido una inmensa serpiente de mar, cuentan, que, sacando fuera de las olas su desmesurado cuello hasta la ribera, se ha tragado ya tres casas y una iglesia, incluidos el párrafo y el sacristán.

El Rey Leoncio, por sugerencia de Jazmín, no detective, visita un ibarri en la calle de La Broyre y descubre un gerión, o sea una casa de juego. Y no sólo eso, ¡sorprende a su hijo Tonio que despistado todo cuanto posee en el ruinoso vicío.

«Tonio, hijo mío adorado, ¿me dejas cuando apenas te he encontrado?»
 Y lo aprieta entre sus brazos con cariño.
 Entonces la criatura abre un ojo y le responde: «Padre, esto es el fin; ya sólo adios te puedo decir.»
 Lloro el Rey como si fuera un niño:
 «No digas eso, Tonio mío.
 Verás como pasa el mal momento y volverán los buenos tiempos.
 Desaparecerán pronto tus dolores y no habrá más que juegos y flores.»
 ¡Juegos y flores! Pero nadie lo puede creer. Con los ojos brillantes, dignatarios e importantes personajes descubren su cabeza en silencio. Hasta al profesor De Ambrósii, miradlo, le tiembla un poco la barba. ¿Morirá, pues, el osezno? ¿Habrán sido vanas todas las fatigas de su padre? ¿La desgracia envenenará la gran victoria? ¿Tan cruel es el destino?
 Un dos tres cuatro en el silencio del teatro vagan sinuistros estos pensamientos.

Entretanto, en el Gran Teatro Excelsior, mundanidad, lujo, elegancia, triunfaban aquella noche en el espectáculo de gala en honor del Gran Duque. Siete días antes los osos habían sido rechazados desde las murallas, valía la pena festejar el acontecimiento. La sala fulguraba verdaderamente de preciosas sedas y uniformes suntuosos. Había un príncipe indio con su princesa, había oficiales de todas las armas en traje de gala, había condes, vizcondes, marqueses y barones, y hasta un Langravio, lo que nadie sabía con exactitud qué significaba. Había dos altos dignatarios de la corte persa, y estaba el profesor De Ambrósii de incógnito (pero, ¿cómo se puede estar de incógnito con una cara como esa que se reconoce a cien metros de distancia?); estaba completamente solo en un palco, con su inseparable chistera de un metro veinticinco de alta en la cabeza.
 El programa, organizado expresamente para complacer al Gran Duque, comprendía:

otro se lanza al precipicio. Así, pues: de una parte vanagloria y de la otra ¡victoria!



Los osos, empujados por el frío y por el hambre, deciden hacia la llanura y entablan batalla contra el aguerriado ejército del Gran Duque, que acude para rechazarlos. Pero la intrepidez del oso Padrazo pone en fuga a los soldados granducales.

Tarrones, pestiños, pastaflores, un derroche, y macho más hasta que llegue la noche. Después, en los jardincillos se encienden los farolillos, a los sones de la orquesta desde la izquierda a la derecha. (El viejo hechicero espía tras los setos.) Y tanto se bailó que la aurora despuntó, y la única tristeza fue que acabara con tanta presteza.

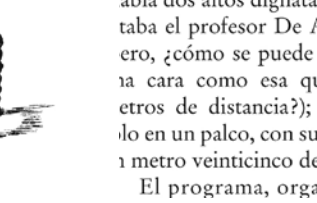
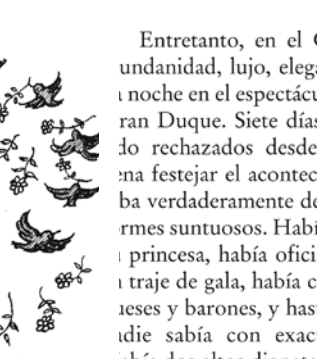
En la oscura garganta de los montes Peloritianos, los osos son atacados por el Gato Macaco, sediento de sangre. Y unos huyen, otros despaean en inútil defensa, otros se esconden y otros se arrojan por el precipicio, no queriendo que con él se sacie el legendario monstruo.

LOS PERSONAJES

Rey Leoncio. Es el rey de los osos: hijo de un rey que, a su vez, tenía un rey por padre; oso, por tanto, nobilísimo. Es grande, fuerte, valeroso, bueno (y además inteligente, aunque no más de la cuenta). Esperamos que le queráis mucho. Su piel es magnífica y él está justificado orgulloso de ella. ¿Defectos? Quizá es un poco demasiado incauto y, en diversas circunstancias, se mostrará más bien ambicioso. No lleva corona en la cabeza: se distingue de los otros osos, además de por su aspecto general, porque lleva en bandolera un gran sable pendiente de un tahalí. Precisamente por haber guiado a sus animales en la invasión de Sicilia alcanzará la inmortalidad; o por lo menos lo merecería.



Entretanto, en el Gran Teatro Excelsior, mundanidad, lujo, elegancia, triunfaban aquella noche en el espectáculo de gala en honor del Gran Duque. Siete días antes los osos habían sido rechazados desde las murallas, valía la pena festejar el acontecimiento. La sala fulguraba verdaderamente de preciosas sedas y uniformes suntuosos. Había un príncipe indio con su princesa, había oficiales de todas las armas en traje de gala, había condes, vizcondes, marqueses y barones, y hasta un Langravio, lo que nadie sabía con exactitud qué significaba. Había dos altos dignatarios de la corte persa, y estaba el profesor De Ambrósii de incógnito (pero, ¿cómo se puede estar de incógnito con una cara como esa que se reconoce a cien metros de distancia?); estaba completamente solo en un palco, con su inseparable chistera de un metro veinticinco de alta en la cabeza.
 El programa, organizado expresamente para complacer al Gran Duque, comprendía:



Novedades marzo 2009

[CATÁLOGO DE HUEDERS EN LIBRERÍAS]

Clásicos

- *Michael Kohlhaas* | **Heinrich Von Kleist** | NÓRDICA
- *El barco de las orquídeas. Poetisas chinas* | **Kenneth Rexrothy Ling Cheng** | GADIR
- *El sobrino de Rameau. Perro muerto en tintorería* | **Denis Diderot, Angelica Liddel** | NÓRDICA
- *La figura en la alfombra* | **Henry James** | IMPEDIMENTA
- *Memorias de pintores extraordinarios* | **William Beckford** | SEXTO PISO

Ensayo y crónica

- *Contra la homofobia* | **Jeremy Bentham** | TUMBONA
- *Contra la vida activa* | **Rafael Lemus** | TUMBONA
- *Contra las buenas intenciones* | **Gumbrecht y Ortuño** | TUMBONA
- *Contra los no fumadores* | **Richard Klein** | TUMBONA
- *Contra México lindo* | **Varios autores** | TUMBONA
- *El. Para entender la psicología masculina* | **Robert A. Johnson** | GADIR
- *Epigramas* | **Carlos Díaz Dufoo Hijo. Prólogo de Heriberto Yopez, epílogo de Christopher Domínguez** | TUMBONA
- *La cena de los notables* | **Constantino Bértolo** | PERIFÉRICA
- *Una oscuridad luminosa* | **Kaiko Takeshi** | LA CIFRA

Diarios y memorias

- *Cuatro años en París* | **Victoria Kent** | GADIR
- *Diario* | **Fernando Pessoa** | GADIR
- *El cuaderno rojo* | **Benjamin Constant** | PERIFÉRICA
- *Estallidos y bombardeos* | **Wyndham Lewis** | IMPEDIMENTA
- *Hacia el provenir* | **Rafael Barrett** | PERIFÉRICA
- *Sin flores ni coronas* | **Odette Elina** | PERIFÉRICA

Teatro

- *El buen canario* | **Zach Helm, con texto de John Malkovich** | SEXTO PISO

Ilustrados

- *A la sombra de las muchachas en flor* | **Marcel Proust. Novela gráfica de Stéphane Heuet** | SEXTO PISO
- *China en pausa* | **Fotos de Faustinus Deraet** | TUMBONA
- *Diario* | **José Ignacio Solórzano** | SEXTO PISO
- *El capote* | **Nicolai Gogol** | NÓRDICA
- *El elfo y la princesa* | **Fernando Pessoa** | GADIR
- *La famosa invasión de Sicilia por los osos* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *Poemas* | **Paul Verlaine** | NÓRDICA
- *Secuelas de una larguísima nota de rechazo* | **Charles Bukowski** | NÓRDICA

Narrativa francesa

- *El barco de Urien* | **André Gide** | GADIR
- *Lo infraordinario* | **Georges Perec** | IMPEDIMENTA
- *Los domingos de Jean Dézert* | **Jean de La Ville de Mirmont** | IMPEDIMENTA
- *Sida mental* | **Lionel Tran** | PERIFÉRICA

Novela

Hispanoamericana y brasileña

- *Angustia* | **Graciliano Ramos** | PÁRAMO
- *Calletania* | **Israel Centeno** | PERIFÉRICA
- *El día de la mudanza* | **Pedro Badrán** | PERIFÉRICA
- *Trabajos del reino* | **Yuri Herrera** | PERIFÉRICA

Inglesa y norteamericana

- *Agape se paga* | **William Gaddis** | SEXTO PISO
- *Electricidad* | **Ray Robinson** | SEXTO PISO
- *El temblar de una hoja* | **William Somerset Maugham** | SEXTO PISO
- *La polilla y la herrumbre* | **Mary Cholmondeley** | PERIFÉRICA
- *Un lugar en la cumbre* | **John Braine** | IMPEDIMENTA

India

- *Diecisiete tomates* | **Jaspreet Singh** | PÁRAMO

Italiana

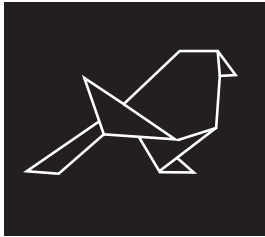
- *Araceli* | **Elsa Morante** | GADIR
- *Bárnabo de las montañas* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *Chavales del arroyo* | **Pier Paolo Pasolini** | NÓRDICA
- *De la nariz al cielo* | **Luigi Pirandello** | GADIR
- *El desierto de los tártaros* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *El reloj* | **Carlo Levi** | GADIR
- *El gran retrato* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *Fábulas* | **Italo Svevo** | GADIR
- *Hace mil años que estoy aquí* | **Mariolina Venezia** | GADIR
- *La historia* | **Elsa Morante** | GADIR
- *La vida en el campo* | **Giovanni Verga** | PERIFÉRICA
- *La tinaja* | **Luigi Pirandello** | GADIR
- *Senilidad* | **Italo Svevo** | GADIR
- *Un amor* | **Dino Buzzati** | GADIR

Rumana, serbia

- *Diferencias* | **Goran Petrovic** | SEXTO PISO
- *Proyectos de pasado* | **Ana Blandiana** | PERIFÉRICA
- *Mujeres* | **Mihail Sebastian** | IMPEDIMENTA

Clásicos

Encuentra el resto de nuestro catálogo, más de 150 títulos, en <http://hueders.wordpress.com>



SUSCRIPCIÓN H | 2009

Cuatro revistas + un libro a elección de Sexto Piso o Periférica* por \$20.000

Recibe la revista H y un libro en tu casa, y accede a descuentos.

MAYO, JULIO, SEPTIEMBRE, NOVIEMBRE | **Escribe a hueders@gmail.com**

*Sujeto a disponibilidad. Se excluyen *Prosa temprana de Musil* y *Memorias de un enfermo de nervios* de Schreber.

<p>ULTIMAS PALABRAS FAMOSAS</p> <p>ARNOLD BENNET</p> <p><i>Todo ha salido mal, niña mía.</i></p> <p>DYLAN THOMAS</p> <p><i>He tomado dieciocho whiskys solos, creo que es un récord.</i></p> <p>GUSTAV MAHLER</p> <p><i>¡Mozart!</i></p> <p>OSCAR WILDE</p> <p><i>O se va ese papel pintado, o me voy yo.</i></p>	<p>BLAISE PASCAL</p> <p><i>Que Dios no me abandone nunca.</i></p> <p>IMMANUEL KANT</p> <p><i>Es suficiente.</i></p> <p>WINSTON CHURCHILL</p> <p><i>¡Oh, qué harto estoy de todo esto!</i></p> <p>JAMES JOYCE</p> <p><i>¿Es que nadie entiende?</i></p> <p>Miscelánea original de Schott, de Ben Schott. Londres: Bloomsbury Madrid: El Aleph, 2005.</p>	<p>[MISCELÁNEA]</p> <p>Mikko Rantanen</p>
---	---	---

Encuentra H en librerías

Altamira, Antártica, Catalonia, Contrapunto (Huérfanos), Feria Chilena del Libro, Fondo de Cultura Económica, José Miguel Carrera, Metales Pesados, Milaires, Mosqueto, Prosa y Política, Qué Leo, Quimera, Takk, The Clinic, Ulises, UDP, UC, etc.



REVISTA H | 4

Gogol. Perec. Lionel Tran,
Edgar Keret. Juan Villoro,
Alvaro Enrigue, Daniel Alarcón.
Cecilia Vicuña. China: cuentos
y poemas. mayo 2009

#4



HUEDERS | LIBROS

México: Sexto Piso, Tumbona, La Cifra, Páramo, QED | España: Periférica,
Impedimenta, Nórdica, Gadir, Arcadia | En las mejores librerías, al precio de su país de origen (+ IVA)
Ventas: hueders@gmail.com, Tel. 639 0093